

L A E X P R E S I Ó N P O É T I C A DEL DOLOR, DE LA VIDA Y LA MUERTE Y DE OTRAS REALIDADES DE LA EXISTENCIA

ANDRÉS ABERASTURI

PALABRAS A "CRIS"

mi hijo con parálisis cerebral

Hay noches en que el hijo
se me duerme ovillado junto al regazo
de la madre.

Fue ella, hijo,
fue ella quien se irguió sin odio
frente a la desgracia
y empezó a caminar plantando cara y alma
a tu destino incierto,
a la muerte feroz equivocada.

Y cruzó la engañosa ciudad
del desamparo. Dejó atrás
los desiertos de la nada.
Atravesó los arrecifes de la fácil huida.
Anduvo sin mojarse sobre las aguas
turbias del miedo y la amenaza;
Y nunca lloró
teniéndote en los brazos.

Cuando encontró la paz al fin,
cuando ella y tú os mirasteis
y de aquella mirada
nació la fuerza más grande de la tierra,
entonces empezó a levantar
para ti, para todos,
la ciudad de la esperanza.

Pintó los horizontes
transparentes,
derribó las murallas,

te hizo caminos nuevos
y llenó las distancias
de puentes y de sombras;
colgó del cielo estrellas
sólo para que tú las vieses
y para ti hizo cierta
la hasta entonces
dudosa luz del alba.

Y no fue fácil hijo, te lo juro.
Tu historia es una historia larga
llena de incertidumbres,
de acosos y amenazas.

Todo ha pasado ya.
- Duerme ahora mi niño
duerme ángel mío.

A. Aberasturi, Un blanco deslumbramiento. Sial Ediciones

MANUEL ALTOLAGUIRRE

Era mi dolor tan alto,
que la puerta de la casa
de donde salí llorando
me llegaba a la cintura.
¡Qué pequeños resultaban
los hombres que iban conmigo!
Crecí como una alta llama
de tela blanca y cabellos.
Si derribaran mi frente
los toros bravos saldrían,
luto en desorden, dementes,
contra los cuerpos humanos.
Era mi dolor tan alto,
que miraba al otro mundo
por encima del ocaso.

SEPARACIÒN

Mi soledad llevo dentro,
torre de ciegas ventanas.
Cuando mis brazos extendiendo
abro sus puertas de entrada
y doy camino alfombrado

al que quiera visitarla.
Pintó el recuerdo los cuadros
que decoran sus estancias.
Allí mis pasadas dichas
con mi pena de hoy contrastan.
¡Qué juntos los dos estábamos!
¿Quién el cuerpo? ¿Quién el alma?
Nuestra separación última,
¡qué muerte fue tan amarga!
Ahora dentro de mí llevo
mi alta soledad delgada.

Sólo sé que estoy en mí
y nunca sabré quién soy,
tampoco sé adónde voy
ni hasta cuándo estaré aquí.
Vestido con vida o muerte
o desnudo sin morir,
en los muros de este fuerte
castillo de mi vivir,
o libre por los confines
sepulcrales de los cielos,
desgarrando grises velos,
ignorante de mis fines,
no sé qué cárcel espera
ni la libertad que ansío,
ni a qué sueño dará el río
de mi vida cuando muera.

POR DENTRO

Mis ojos grandes, pegados
al aire, son los del cielo.
Miran profundos, me miran
me están mirando por dentro.
Yo pensativo, sin ojos,
con los párpados abiertos,
tanto dolor disimulo
como desgracias enseño.
El aire me está mirando
y llora en mi oscuro cuerpo;
su llanto se entierra en carne,
va por mi sangre y mis huesos,
se hace barro y raíces busca
con las que brotar del suelo.

Mis ojos grandes, pegados
al aire, son los del cielo.

DÁMASO ALONSO

*Todos los días rezo esta oración
al levantarme:*

Oh Dios,
no me atormentes más.
Dime qué significan
estos espantos que me rodean.
Cercado estoy de monstruos
que mudamente me preguntan,
igual, igual, que yo les interrogo a ellos.
Que tal vez te preguntan,
lo mismo que yo en vano perturbo
el silencio de tu invariable noche
con mi desgarradora interrogación.
Bajo la penumbra de las estrellas
y bajo la terrible tiniebla de la luz solar,
me acechan ojos enemigos,
formas grotescas que me vigilan,
colores hirientes lazos me están tendiendo:
¡son monstruos,
estoy cercado de monstruos!
No me devoran.
Devoran mi reposo anhelado,
me hacen ser una angustia que se desarrolla a sí misma,
me hacen hombre,
monstruo entre monstruos.
No, ninguno tan horrible
como este Dámaso frenético,
como este amarillo ciempiés que hacia ti clama con todos sus tentáculos
enloquecidos,
como esta bestia inmediata
transfundida en una angustia fluyente;
no, ninguno tan monstruoso
como esa alimaña que brama hacia ti,
como esa desgarrada incógnita
que ahora te increpa con gemidos articulados,
que ahora te dice:
«Oh Dios,
no me atormentes más,
dime qué significan
estos monstruos que me rodean
y este espanto íntimo que hacia ti gime en la noche.»

JACINTO BENAVENTE

EN EL "MEETING" DE LA HUMANIDAD

En el "meeting" de la Humanidad,
millones de hombres gritan lo mismo:

¡yo,yo,yo,yo,yo,yo...!

¡yo,yo,yo,yo,yo,yo...!

¡cu,cu, cantaba la rana

cu,cu, debajo del agua..!

!que monótona es la rana humana!

¡Que monótomo es el hombre mono!

¡Yo,yo,yo,yo,yo!

Y luego: A mí, para mí,

en mi opinión, a mi entender.

¡Mi,mi,mi,mi! ay un "Moi"!

¡Oh!, el "Moi" francés,ese si que es grande!

"Monsieur le Moi!"

La rana es mejor.

¡Cu, cu,cu,cu,cu!

Sólo los que aman saben decir ¡Tú!

MARIO BENEDETTI

ESTADOS DE ÁNIMO

A veces me siento como un águila en el aire ...

(A propósito de una canción de Pablo Milanés)

Unas veces me siento
como pobre colina,
y otras como montaña
de cumbres repetidas,
unas veces me siento
como un acantilado,
y en otras como un cielo
azul pero lejano,
a veces uno es
manantial entre rocas,
y otras veces un árbol
con las últimas hojas,

pero hoy me siento apenas
como laguna insomne,
con un embarcadero
ya sin embarcaciones,
una laguna verde
inmóvil y paciente
conforme con sus algas
sus musgos y sus peces,
sereno en mi confianza
confiando en que una tarde,
te acerques y te mires..
te mires al mirarme.

PAUSA

De vez en cuando hay que hacer
una pausa
contemplarse a sí mismo
sin la fruición cotidiana
examinar el pasado
rubro por rubro
etapa por etapa
baldosa por baldosa
y no llorarse las mentiras
sino cantarse las verdades.

TE QUIERO

Tus manos son mi caricia
mis acordes cotidianos
te quiero porque tus manos
trabajan por la justicia
si te quiero es porque sos
mi amor mi cómplice y todo
y en la calle codo a codo
somos mucho más que dos
tus ojos son mi conjuro
contra la mala jornada
te quiero por tu mirada
que mira y siembra futuro
tu boca que es tuya y mía
tu boca no se equivoca
te quiero porque tu boca
sabe gritar rebeldía
si te quiero es porque sos
mi amor mi cómplice y todo

y en la calle codo a codo
somos mucho más que dos
y por tu rostro sincero
y tu paso vagabundo
y tu llanto por el mundo
porque sos pueblo te quiero
y porque amor no es aureola
ni cándida moraleja
y porque somos pareja
que sabe que no está sola
te quiero en mi paraíso
es decir que en mi país
la gente viva feliz
aunque no tenga permiso
si te quiero es porque sos
mi amor mi cómplice y todo
y en la calle codo a codo
somos mucho más que dos.

DESDE EL ALMA

Vals

Hermano cuerpo estás cansado
desde el cerebro a la misericordia
del paladar al valle del deseo
cuando me dices/ alma ayúdame
siento que me conmuevo hasta el agobio
que el mismísimo aire es vulnerable

hermano cuerpo has trabajado
a músculo y a estómago y a nervios
a riñones y a bronquios y a diafragma

cuando me dices/ alma ayúdame
sé que estás condenado/ eres materia
y la materia tiende a desfibrarse

hermano cuerpo te conozco
fui huésped y anfitrión de tus dolores
modesta rampa de tu sexo ávido

cuando me pides/ alma ayúdame
siento que el frío me envilece
que se me van la magia y la dulzura

hermano cuerpo eres fugaz

coyuntural efímero instantáneo
tras un jadeo acabarás inmóvil

y yo que normalmente soy la vida
me quedaré abrazada a tus huesitos
incapaz de ser alma sin tus vísceras

DEFENSA DE LA ALEGRÍA

a trini

Defender la alegría como una trinchera
defenderla del escándalo y la rutina
de la miseria y los miserables
de las ausencias transitorias
y las definitivas
defender la alegría como un principio
defenderla del pasmo y las pesadillas
de los neutrales y de los neutrones
de las dulces infamias
y los graves diagnósticos

defender la alegría como una bandera
defenderla del rayo y la melancolía
de los ingenuos y de los canallas
de la retórica y los paros cardiacos
de las endemias y las academias

defender la alegría como un destino
defenderla del fuego y de los bomberos
de los suicidas y los homicidas
de las vacaciones y del agobio
de la obligación de estar alegres

defender la alegría como una certeza
defenderla del óxido y de la roña
de la famosa pátina del tiempo
del relente y del oportunismo
de los proxenetas de la risa

defender la alegría como un derecho
defenderla de dios y del invierno
de las mayúsculas y de la muerte
de los apellidos y las lástimas
del azar
y también de la alegría.

DESDE LOS AFECTOS

Cómo hacerte saber que siempre hay tiempo,
que uno sólo tiene que buscarlo y dárselo.
Que nadie establece normas salvo la vida,
que la vida sin ciertas normas pierde forma,
que la forma no se pierde con abrirnos,
que abrirnos no es amar indiscriminadamente.

Que no está prohibido amar,
que también se puede odiar,
que el odio y el amor son afectos,
que la agresión porque sí hiere mucho,
que las heridas se cierran,
que las puertas no deben cerrarse,
que la mayor puerta es el afecto.

Que los afectos nos definen,
que definirse no es remar contra la corriente.
Que no cuanto más fuerte se hace el trazo más se dibuja,
que buscar un equilibrio no implica ser tibio,
que negar palabras implica abrir distancias.

Que encontrarse es muy hermoso,
que el sexo forma parte de lo hermoso de la vida,
que la vida parte del sexo.
Que el "por qué" de los niños tiene un porqué,
que querer saber todo de todos es curiosidad malsana.

Que nunca está de más agradecer.
Que la autodeterminación no es hacer las cosas solo,
que nadie quiere estar solo,
que para no estar solo hay que dar,
que para dar debemos recibir antes,
que para que nos den hay que saber también cómo pedir,
que saber pedir no es regalarse,
que regalarse es, en definitiva, no quererse.
Que para que nos quieran debemos demostrar que somos,
que para que alguien "sea" hay que ayudarlo.

Que ayudar es poder alentar y apoyar,
que adular no es ayudar,
que adular es tan pernicioso como dar vuelta a la cara.
Que las cosas cara a cara son honestas,
que nadie es honesto porque no robe,

que el que roba nos es ladrón por placer.
Que cuando no hay placer en las cosas no se está viviendo,
que para sentir la vida no hay que olvidarse de que existe la muerte,
que se puede estar muerto en vida.

Que se siente con el cuerpo y la mente,
que con los oídos se escucha.
Que cuesta ser sensible y no herirse,
que herirse no es desangrarse,
que para no ser heridos levantamos muros,
que quien siembra muros no recoge nada,
que casi todos somos albañiles de muros.
Que sería mejor construir puentes,
que sobre ellos se va a la otra orilla y también se vuelve,
que volver no implica retroceder,
que retroceder también puede ser avanzar,
que no por mucho avanzar se amanece más cerca del sol.
¿Cómo hacerte saber que nadie establece normas salvo la vida?

FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ

Si para recobrar lo recobrado
debí perder primero lo perdido
si para conseguir lo conseguido
tuve que soportar lo soportado.

Si para estar ahora enamorado
fue menester haber estado herido
tengo por bien sufrido lo sufrido
tengo por bien llorado lo llorado.

Porque después de todo he comprobado
que no se goza bien de lo gozado
sino después de haberlo padecido.

Porque después de todo he comprendido
que lo que el árbol tiene de florido
vive de lo que tiene sepultado.

CARLOS BOUSOÑO

ANÁLISIS DEL SUFRIMIENTO

El cruel es un investigador de la vida,

un paciente reconstructor, un objetivo relojero, un perito
que quisiera conocer la existencia,
el secreto de la vida que en el sufrimiento se explora.
El amante de la sabiduría está listo
para su operación delicada.
Y la materia del análisis
queda a su merced: un hombre sufre.
Horrible es conocer la verdad, y el miserable hallazgo destruye a quien lo obtiene,
pues nadie en otro pudo ni podrá nunca conocer hasta el
fondo
en su verdad palpable, sin morir,
la vida misma revelada.
Sin embargo, es muy cierto
que el sufrimiento expresa
al hombre, aunque lo arruina,
porque tras la experiencia dolorosa
es otro hombre el que nace, al conocerse,
y conocer el mundo.
No siempre, ciertamente,
puede quien ha sufrido
resistir todo el peso de su sabiduría.
Alguno nunca vuelve
a la vida, pues es difícil ser
tras la vergüenza de haberse así sabido.
Otros viven, mas rota
su dignidad en la infamia
que todo dolor es,
indignamente
prosигuen, y una mueca
es su gesto, su hábito.
Hay quien asume
de otro modo el dolor,
la concentrada reflexión que todo dolor es.
Tras la meditación espantosa, el hombre puede oír,
palpar y ver,
y conocerse y ser entre los hombres.
Y he ahí cómo el cruel se equivoca
en su filosófica labor, porque sólo quien sufre,
si acaso lo merece,
logra el conocimiento que el cruel buscara en vano.
Conoce aquel que sufre y no el que hace sufrir,
éste no sobrevive a su conocimiento,
y aunque tampoco el otro muchas veces
puede sobrellevar esa experiencia
terrible, logra en otras
escuchar sorprendido
el más puro concierto,
la melodía inmortal de la luz inoíble,
allí, en el centro mismo de la humana miseria.

LA NUEVA MIRADA

DAME la mano, sufrimiento, dolor, mi viejo amigo.
Dame la mano una vez más y sé otra vez mi compañero,
como lo fuiste tantas veces en el oscuro atardecer.
Cruzaban las gaviotas sobre el cielo,
se ennegrecía el mar con la tormenta próxima.
Dame la mano una vez más, pues ahora sé
lo que entonces no supe. Sé recibirte sin rencor
ni reproche. Acepto tu visita oscura.

Es en mis ojos, sufrimiento, dolor,
donde laboras tu más fino quehacer,
donde ejercitas tu destreza, tu habilidad
de orfebre
sin par. Allí
depositas al fin tu redención, pones como sobre un altar,
con delicadeza extremada,
tu hechura exquisita, y alzas, en medio de la noche, el milagro
lentamente a los cielos, la joya finísima,
el espectáculo de oro,
trabajado sin prisa, acumulada realidad que acomodas después
a mi nueva mirada.
Y es así como ahora, tras tu trabajo en la honda cueva,
en la recóndita guarida donde yo padecí tu febril creación,
es así como ahora
puedo mirar,
tras el mundo habitual, un mundo ardiente.

Arden las llamas del color tras el gris habitual,
tras de la oscuridad se encarniza la luz, se redondea el rosa, esplende el animado carmín,
y todavía más allá, tras la trascendida apariencia, se ve
de otro modo, transparentándose hacia una eternidad,
un país nuevo.

Un país nuevo, inmóvil en la luz,
tras de la oscuridad de mi agitada noche.

ERNESTO CARDENAL
AL PERDERTE YO A TI...

Al perderte yo a ti, tú y yo hemos perdido:
yo, porque tú eras lo que yo más amaba
y tú porque yo era el que te amaba más.

Pero de nosotros dos tú pierdes más que yo:
porque yo podré amar a otras como te amaba a ti,
pero a ti no te amarán como te amaba yo.

PEDRO CASALDÁLIGA

MALDITA SEA LA CRUZ

Maldita sea la cruz
que cargamos sin amor
como una fatal herencia.

Maldita sea la cruz
que echamos sobre los hombros
de los hermanos pequeños.

Maldita sea la cruz
que no quebramos a golpes
de libertad solidaria,
desnudos para la entrega,
rebeldes contra la muerte.

Maldita sea la cruz
que exhiben los opresores
en las paredes del banco,
detrás del trono impasible,
en el blasón de las armas,
sobre el escote de lujo,
ante los ojos del miedo.

Maldita sea la cruz
que el poder hinca en el Pueblo
en nombre de Dios quizás.

Maldita sea la cruz
que la Iglesia justifica
-quizás en nombre de Cristo-
cuando debiera abrasarla
en llama de profecía.

¡Maldita sea la cruz
que no pueda ser La Cruz!...

MORIR SIEMPRE ES VENCER

¿Por dónde iréis hasta el cielo
si por la tierra no vais?
Morir siempre es vencer
desde que un día
alguien murió por todos, como todos,
matado, como muchos

Procura que la Gracia y la Ternura
llenen de vino nuevo... tu ánfora de barro.
Ama a todos los hijos de los hombres.
Di tus palabras como las semillas
que mueren pero brotan.
Deja las digitales de tus pies peregrinos
como besos en llama solidaria
sobre la carne de la Madre Tierra.

Si no tuviera fe para negar la muerte,
quizá yo no tendría coraje de nombrarla.
Quizá yo no sería capaz de estos caminos
si no estuviera Dios, como una aurora,
rompiendo la niebla y el cansancio.

El amor no es bueno por ser mandamiento,
mas por ser amor.

JUAN BURGHI
(Uruguay, 1959)

RENUNCIAMIENTO

Si de nuestro dolor somos los dueños
nadie podrá impedir que yo destruya
mi corazón, para la dicha tuya,
y sacrifique los más caros sueños.

Si de lo nuestro es el dolor la esencia,
tanto más propio cuanto más profundo,
para que tú no sufras ni un segundo
yo he de sufrir por toda mi existencia,

Si el dolor que me hiere es solo mío,
puedo darlo a mi antojo y mi albedrío,
porque tú logres ser feliz, amada.

Que el verdadero amor es darlo todo

pro el amor en sí... y dar de modo
tan simple, cual sin no se diera nada.

GERARDO DIEGO

QUIERO CREER

Porque, Señor, yo te he visto
y quiero volverte a ver
quiero creer.

Te vi, sí, cuando era niño
y en agua me bauticé,
y, limpio de culpa vieja,
sin velos te pude ver.
Quiero creer.

Devuélveme aquellas puras
transparencias de aire fiel,
devuélveme aquellas niñas
de aquellos ojos de ayer.
Quiero creer.

Limpia mis ojos cansados,
deslumbrados del cimbel,
lastra de plomo mis párpados
y oscurécemelos bien.
Quiero creer.

Ya todo es sombra y olvido
y abandono de mi ser.
Ponme la venda en los ojos.
Ponme tus manos también.
Quiero creer.

Tú que pusiste en las flores
rocío y debajo miel,
filtra en mis secas pupilas
dos gotas frescas de fe.
Quiero creer.

Porque, Señor, yo te he visto
y quiero volverte a ver,
creo en Ti y quiero creer.

SALMO DE LA TRANSFIGURACIÓN

Transfigúrame.
Señor, transfigúrame.
Traspásame tu rayo rosa y blanco.
Quiero ser vidriera,
tu alta vidriera azul, morada y amarilla
en tu más alta catedral.
Quiero ser mi figura, sí, mi historia,
pero de Ti en tu gloria traspasado.
Quiero poder mirarte sin cegarme,
convertirme en tu luz, tu fuego altísimo
que arde de Ti y no quema ni consume.
¡Oh mi Jesús alzado sobre el trío -
Pedro, Juan y Santiago-
que cerraban sus ojos incapaces
de sostener tu Luz, tu Luz, tu Luz!
Y no cerrar mis párpados
como ellos los cerraban
con tu llaga de luz sustituyéndote
en inconsútil túnica incesante,
y dentro Tú manando faz de Dios.
No, déjame mirarte, contemplarte
a través de mi carne y mi figura,
de historia de mi vida y de mi sueño,
inérito capítulo en tu biblia,
vidriera que en colores me fraccionas
para unirme después en tu luz blanca
al otro lado de tu barlovento.
Si he de transfigurarme hasta tu esencia,
menester fue primero ser ese ser con límites,
hecho vicisitud, camino de figura,
pues sólo la figura
puede transfigurarse.
Toma mis rombos, lava mis losanges,
mis curvas de pecado
justifícamelas, compensa y recompensa
mis áreas caprichosas de colores de furia,
mi cristal emplomado y tal frágil,
émulo de tus ángeles traslúcidos,
mi fábula de niño, tu parábola
que esperaba de siempre tu visita de sol.
Pues figura me hiciste y me parezco
a mí mismo en mi vitral naturaleza,
¡oh mi Hermano en María!, transfigúrame.
Pero a mí solo no. Como a los tuyos,
como a Moisés, fuego blanco de zarza;

como a Elías, carro de ardiente aluminio;
cada uno en su tienda, a ti acampados;
purifícame también a todos,
los hijos de tu Padre
que te rezan contigo o te rezaron
o acaso ni una madre tuvieron
que les guiara a balbucir el Padrenuestro.
Purifícame a todos, a todos transfigúralos.
Figúralos primero si aún no alcanzan
ese grado en contornos
y tonos apagados de tapices.
Figúralos, Cristo Jesús; aún no son ellos
y por ellos claman, pían,
huérfanos pajarillos.
Y luego, ya trazados, ya cumplidos
en su tránsito, pávidos de hombres,
hiérellos, acribíllalos,
hazlos flecos de Ti, rayos no ajenos,
ellos siempre aunque en Ti glorificados.
Miro en torno de mí;
no, debajo de mí, en las galerías
los gusanos de luz, casco y piqueta
que afloran luego al aire puro;
mas ya de noche, negros de carbones.
Hazlos diamantes Tú, como a esos astros.
Si acaso no te saben o te dudan
o te blasfeman, límpiales piadoso
como a Ti la Verónica, su frente,
descórreles las densas cataratas de sus ojos,
que te vean, Señor, y te conozcan;
espéjate en su río subterráneo,
dibújate en su alma
sin quitarles la santa libertad
de ser uno por uno tan suyos, tan distintos.
Mira, Jesús, la adúltera, no aquella
de tus palabras con el dedo en tierra;
ésta de hoy aún es más desdichada
y no piedras le arrojan sino aplausos y flores,
y la niega el esposo y vive de ella.
Hazla también mirarse en aguas vivas
y cumplirse en sí misma,
de su virtualidad ascender a virtud,
realidad de figura bañada en paz de gracia,
dispuesta a un recrear transverberado.
Y al violento homicida
y al mal ladrón y al rebelde soberbio
y a la horrenda -¡piedad!- madre desnaturalada
y al teólogo necio que pretende

apresarte en su malla farisea
y al avaro de oídos tupidos y tapiados
y al sacrificador de rebaños humanos.

Y, sobre todo, no abandones
al más abyecto, al repugnante
-perdón ahora para mí, no puedo
remediarlo, pero por él te pido-,
al desagradecido.

Nada me imprime más horror, Dios mío.

Sálvele Tú, despiértale
la confianza, alegría incomparable
de llorar recordando el beneficio
del amigo en que Tú, sí, te escondías.

Allégatele bien, que sienta
su corazón cobarde contra el tuyo,
coincidentes los dos en sólo un ritmo,
un ritmo y del envés ya a flor de flor,
su figura, su rostro limpidísimo.
Que todos puedan en la misma nube,
vestidura de Ti, tan sutilísima
fimbria de luz, despojarse y revestirse
de su figura vieja y en Ti transfigurada.

Y a mí con ellos todos, te lo pido,
la frente prosternada hasta hundirla en el polvo,
a mí también, el último, Señor,
preserva mi figura, transfigúrame.

GLORIA FUERTES

EL DOLOR ENVEJECE MÁS QUE EL TIEMPO

El dolor envejece más que el tiempo,
este dolor dolor que no se acaba,
y que te duele todo todo todo
sin dolerte en el cuerpo nada nada.
A tantos días de dolor se muere uno,
ni la vida se va,
ni el corazón se para,
es el dolor acumulado el que,
cuando no lo soportas,
él te aplasta.

Mi accidente será un buen epitafio:
Cuando una calle bajo el sol cruzaba,
de dolor - o de amor - es lo mismo,
murió desbaratada.

AMOR QUE LIBERA

Ya no soy la niña amarga
que tenía un mar de llanto
y alta ortiga por el alma.
Ya no soy la niña enferma
que al oír risas lloraba;
ya salí del solitario
bosque que me acorralaba.
Ahora soy la niña verde,
porque floreció mi calma.
Ya no soy la loca triste,
ya no soy la niña blanca,
nuevo amor ha traspasado
con el nardo de su lanza
mi corazón, que ahora tiene
un nombre de menta y ámbar.
¡Ay cuánta sonrisa noto
que trepa por mis espaldas!
¡Qué brillo tienen mis ojos
-viudos de siete mil lágrimas-!
La vida me sabe a verso
y los besos a manzana.
-El monte arregla sus pinos,
por las rocas el mar baila-.
El amor danza en mi pecho.
¡Ya me quiere! ¡Ya me guarda!
Ya no soy la loca triste,
que al oír risas gritaba;
ahora soy la niña dulce,
ya no soy mujer amarga.

SERVIR

Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú.
Donde haya un error que enmendar, enmiéndalo tú.
Donde haya un esfuerzo que todos esquiven, acéptalo tú.
Sé el que apartó del camino la piedra,
el odio de los corazones
y las dificultades del problema.
Hay la alegría de ser sano y justo,
pero hay, sobre todo, la inmensa alegría de servir.
Qué triste sería el mundo si todo en él
estuviera hecho. Si no hubiera un rosal
que plantar, una empresa que emprender.
No caigas en el error de que sólo se hacen
méritos con los grandes trabajos.
Hay pequeños servicios: poner una mesa,
ordenar unos libros, peinar una niña.
El servir no es una faena de seres inferiores.

Dios, que es el fruto y la luz, sirve.
Y te pregunta cada día: *¿Serviste hoy?*

UN ¡AY!

Invade el mundo un ¡ay!
un ay atroz,
y siempre el ¡ay! del ¡ay! es ley del hoy.
el ¡ay! porque no hay.
El ¡ay de mí!
porque no hay -ay de ti-...
El ¡ay! del Norte al Sur
es la única canción.
Sólo hay un ¡ay!
porque no hay amor.

VAMOS A VER...

Vamos a ver si es cierto que Le amamos,
vamos a mirarnos por dentro un poco.

¡Hay cosas colgadas que a El le lastiman,
freguemos el suelo y abramos las puertas!,
e salgan las lagartijas y entren las luces.

Borremos los nombres de la lista negra,
coloquemos a nuestros enemigos encima de la cómoda,
invitémosles a sopa.

Toquemos las flautas de los tontos, de los sencillos,
que Dios se encuentre a gusto si baja.

NO PERDAMOS EL TIEMPO

Si el mar es infinito y tiene redes,
si su música sale de la ola,
si el alba es roja y el ocaso verde,
si la selva es lujuria y la luna caricia,
si la rosa se abre y perfuma la casa,
si la niña se ríe y perfuma la vida,
si el amor va y me besa y me deja temblando.
¿Qué importancia tiene todo esto,
mientras haya en mi barrio una mesa sin patas,
un niño sin zapatos o un contable tosiendo,
un banquete de cáscaras,
un concierto de perros,

una ópera de sarna?
Debemos inquietarnos por curar las simientes,
por vendar corazones y escribir el poema
que a todos nos contagie.
Y crear esa frase que abrace todo el mundo;
los poetas debiéramos arrancar las espadas,
inventar más colores y escribir padrenuestros.
Ir dejando las risas en la boca del túnel,
y no decir lo inútil, sino cantar al corro;
no cantar a la luna, no cantar a la novia,
no escribir unas décimas, no fabricar sonetos.
Debemos, pues sabemos, gritar al poderoso,
gritar eso que digo, que hay bastantes viviendo
debajo de las latas con lo puesto y aullando,
y madres que a sus hijos no peinan a diario,
y padres que madrugan y no van al teatro.
Adornar al humilde poniéndole en el hombro
nuestro verso;
cantar al que no canta y ayudarle es lo sano.
Asediar usureros y con rara paciencia convencerles
sin asco.
Trillar en la labranza, bajar a alguna mina;
ser buzo una semana, visitar los asilos,
las cárceles, las ruinas; jugar con los párvulos,
danzar en las leproserías.
Poetas, no perdamos el tiempo, trabajemos,
que al corazón le llega poca sangre.

JOSE GARCIA NIETO

GRACIAS SEÑOR...

Gracias, Señor, porque estás
todavía en mi palabra;
porque debajo de todos
mis puentes pasan tus aguas.
Piedra te doy, labios duros,
pobre tierra acumulada,
que tus luminosas lenguas
incesantemente aclaran.
Te miro; me miro. Hablo;
te oigo. Busco; me aguardas.
Me vas gastando, gastando.
Con tanto amor me adelgazas

que no siento que a la muerte
me acercas...
Y sueño...
Y pasas...
Vas a pasar, Señor, ya sé quién eres;
tócame por si no estoy bien despierto.
Soy hombre, ¿me ves?, soy todo el hombre.
Mírame Tú, Señor, si no te veo.
No hay horas, no hay reloj, ni hay otra fuerza
que la que Tú me des, ni hay otro empleo
mejor que el de tu viña...
Pasa...
Llama...
Vuelve a llamarme...
¿Qué hora es? No cuento ya bien.
¿Es la de la sexta?, ¿la de nona?,
¿la undécima? ¿o ya es tarde?
Pasa...
Quiero seguir, seguirte...
Llama. Estoy perdido;
estoy cansado; estoy amando, abriendo
mi corazón a todo todavía...
Dime que estás ahí, Señor; que dentro
de mi amor a las cosas Tú te escondes,
y que aparecerás un día lleno
de ese amor mismo ya transfigurado
en amor para Ti, ya tuyo.
¡Grita! ¡Nómbreme,
para saber que todavía es tiempo!...
Hace frío...
¿Será que la hora undécima
ha sonado en la nada?...Avanzo,
muerto de impaciencia de estar en Ti,
temblando de Ti, muerto de Dios,
muerto de miedo.
Yo soy el hombre, el hombre, tu esperanza,
el barro que dejaste en el misterio.

QUÉ QUIETO ESTÁ AHORA EL MUNDO...

Qué quieto está ahora el mundo. Y tú, Dios mío,
qué cerca estás. Podría hasta tocarte.
Y hasta reconocerte en cualquier parte
de la tierra. Podría decir: río,

y nombrar a tu sangre. En el vacío
de esta tarde, decir: Dios, y encontrarte

en esas nubes. ¡Oh, Señor, hablarte,
y responderme Tú en el verso mío!

Porque estás tan en todo, y yo lo siento,
que, más que nunca, en la quietud del día
se evidencian tus manos y tu acento.

Diría muerte, ahora, y no se oiría
mi voz. Eternidad, repetiría
la antigua y musical lengua del viento.

LA PARTIDA

Contigo, mano a mano. Y no retiro
la postura, Señor. Jugamos fuerte.
Empeñada partida en que la muerte
será baza final. Apuesto. Miro

tus cartas, y me ganas siempre. Tiro
las mías. Das de nuevo. Quiero hacerte
trampas. Y no es posible. Clara suerte
tienes, contrario en el que tanto admiro.

Pierdo mucho, Señor. Y apenas queda
tiempo para el desquite. Haz Tú que pueda
igualar todavía. Si mi parte

no basta ya por pobre y mal jugada,
si de tanto caudal no queda nada,
ámame más, Señor, para ganarte.

EL HACEDOR

Entra en la playa de oro el mar y llena
la cárcava que un hombre antes, tendido,
hizo con su sosiego. El mar se ha ido
y se ha quedado niño, entre la arena.

Así es este eslabón de tu cadena
que como el mar me has dado. Y te has partido
luego, Señor. Mi huella te ha servido
para darle ocasión a la azucena.

Miro el agua. me copia. Me recuerda.
No me dejes, Señor; que no me pierda.,
que no me sienta dios, y a Ti lejano...

Fuimos hombre y mujer, pena con pena,
eterno barro, arena contra arena,
y sólo Tú la poderosa mano.

LA TAREA

Qué esfuerzos por ser hombre, qué trabajo forzado
por hacer este torpe varón que, apenas hecho,
se vio imperfecto y débil, por la pasión deshecho,
y herido a cada paso del camino empezado.

¿Por qué siguió? , decidme. ¿Por qué seguí?
¿He andado
lo suficiente fuera? Porque, dentro del pecho,
yo sé bien qué carreras, qué saltos hasta el techo
del alma- ¡oh, saltimbanqui de soledad!-h e dado.

Cuando la obra estuvo casi hecha: un remedo
de música, de sueño, de defensa, de miedo,
se vino abajo todo lo que se alzó conmigo.

Cuando se miró el hombre para ver dónde estaba,
vio tendida hacia el viento su mano de mendigo,
y en ella, una moneda que ya nadie tomaba.

PIEDRA Y CIELO DE ROMA

Ese dedo de Dios, eternamente
acercándose al hombre -y no lo toca-,
ese soplo encendido de su boca
que da sentido a un torso y a una frente,

ese ser poderoso y derribado
que recibe la llama de la vida
en la carne, de amor estremecida,
en el barro, de amor humanizado,

no son tuyos; no has sido tú el maestro,
ni el creador, ni el oficiante diestro;
no era tuya la mano que pintaba.

Eras el obediente y conducido.
Dentro de un paraíso, aún no perdido,
también a ti el Señor te señalaba.

AL ESPEJO RETROVISOR DE UN COCHE

Tú eres el corazón con lo vivido;
en ti está todo lo que atrás vamos dejando,
lo que hemos ido con pasión amando,
definitivamente ya perdido.
En ti vemos las gracias que se han ido,
los paisajes y el cielo de ayer, cuando
las cosas que ahora sigues recordando
flotan sobre las aguas del olvido.
Pero vives y estás: claro y pequeño,
miras aquellos prados, aquel sueño
tan lejano, las rosas de aquel día.
Crees que puedes cambiar toda la suerte
y, aunque vamos derechos a la muerte,
vives de lo pasado todavía.

JORGE GUILLÉN

Pasa el tiempo y suspiro porque paso,
aunque yo quede en mí, que sabe y cuenta,
y no con el reloj, su marcha lenta
— nunca es la mía — bajo el cielo raso.
Calculo, sé, suspiro — no soy caso
de excepción— y a esta altura, los setenta,
mi afán del día no se desalienta,
a pesar de ser frágil lo que amaso.
Ay, Dios mío, me sé mortal de veras.
Pero mortalidad no es el instante
que al fin me privará de mi corriente.
Estas horas no son las postrimeras,
y mientras haya vida por delante,
serás mis sucesiones de viviente.

MIGUEL HERNÁNDEZ

DEL AY AL AY - por el ay

Hijo soy del ay, mi hijo,
hijo de su padre amargo.
En un ay fui concebido
y en un ay fui engendrado.
Dolor de macho y de hembra

frente al uno el otro: ambos.
 En un ay puse a mi madre
 el vientre disparatado:
 iba la pobre -¡ay, qué peso!
 con mi bulto suspirando.
 -¡Ay, que voy a malparir!
 ¡Ay, que voy a malograrlo!
 ¡Ay, que me apetece esto!
 ¡Ay, que aquello será malo!
 ¡Ay, que me duele la madre!,
 ¡Ay, que no puedo llevarlo!
 ¡Ay, que se me rompe él dentro,
 ay, que él afuera! ¡Ay, que paro!
 En un ay nació: en un ay
 y en un ay, ¡ay!, fui criado.
 -¡Ay, que me arranca los pechos
 a pellizcos y a bocados!
 ¡Ay, que me deja sin sangre!
 ¡Ay, que me quiebra los brazos!
 ¡Ay, que mi amor y mi vida
 se quedan sin leche, exhaustos!
 ¡Ay, que enferma! ¡Ay, que suspira!
 ¡Ay, que me sale contrario!
 Del ay al ay, por el ay,
 a un ay eterno he llegado.
 Vivo en un ay, y en un ay
 moriré cuando haga caso
 de la tierra que me lleva
 del ay al ay trasladado .
 ¡Ay!, dirá, solo, mi huerto;
 ¡ay!, llorarán mis hermanos;
 ¡ay!, gritarán mis amigos,
 y ¡ay!, también, cortado, el árbol
 que ha de remitir mi caja,
 ya tal vez sobre lo alto,
 ya tal vez bajo los filos
 del hacha fiera en la mano.
 Él mundo me duele: ¡ay!
 Me duele el vicio, y me paso
 las horas de la virtud
 con un ay entre los labios.
 ¡Ay, qué angustia! ¡Ay, qué dolor
 de cielos, mares y campos;
 de flores, montes y nieves;
 de ríos, voces y pájaros!
 Por palicos y cañicas ¡ay!,
 me veo sustentado.
 El lilio no me hace señas

¡ay!, con pañuelito cano.
Las pitas no me defienden,
con sus espadones áridos,
del demonio. Las palmeras
no me quieren hacer alto
por más que viva a la sombra
de estrella de sus palacios.
No me pone la naranja
el ojo redondo y claro,
ni con sus luces porosas
el limón al gusto amargo.
Y ¡adiós!, el aire me dice
cuando pasa por mi lado.
La inmovilidad del monte
no lleva mi sangre al paro,
ni hacia los cielos me tiran
honda ruda y puro raso,
y tengo la carne siempre
pechiabierta a los pecados.
Sucias rachas tumban todas
las cometas que levanto,
y todos los ruy-señores
esquivos y solitarios
se burlan de ver mis sitios
malamente acompañados.
¡Ay!, todo me duele: todo;
¡ay!, lo divino y lo humano.
Silbo para consolar
mi dolor a lo canario,
y a lo ruy-señor, y el silbo,
¡ay!, me sale vulnerado.

IMPOSIBLE

Quiero morirme riendo,
no quiero morirme serio;
y que me den tierra pronto...
pero no de cementerio.

No quiero morir - dormir -,
no quiero dormir muriendo
en un estéril jardín...
¡Yo quiero morir viviendo!

Quiero dormir...¿Dónde?... Sea
donde lo quiera el Destino:
en el surco de barbecho,

a la vera de un camino...

En una selva ignorada,
o a la orilla de un riachuelo
de esos tan claros, que están
venga a robar cielo al cielo.

Que cuando mi carne sea
nada de polvo, broten flores
de ella, donde caiga escarcha
y escarcha de ruiseñores.

Que resbale por mi cuerpo
la corriente cristalina
y ladronzuela, sacándole
alguna nota argentina.

Que escuche mi oído armónico,
en cuanto el día se vuelva
ascua, la armonía virgen
del virgen Pan de la selva.

Que nazcan espigas fáciles
con luminosas aristas
de mi pecho, que ama el arte,
para recreo de artistas...

No quiero morir - dormir -.
no quiero dormir muriendo
en sagrada tierra estéril..
¡Y quiero morir viviendo!

LAS MANOS

DOS ESPECIES de manos se enfrentan en la vida,
brotan del corazón, irrumpen por los brazos,
saltan, y desembocan sobre la luz herida
a golpes, a zarpazos.

La mano es la herramienta del alma, su mensaje,
y el cuerpo tiene en ella su rama combatiente.
Alzad, moved las manos en un gran oleaje,
hombres de mi simiente.

Ante la aurora veo surgir las manos puras
de los trabajadores terrestres y marinos,
como una primavera de alegres dentaduras,

de dedos Matutinos.

Endurecidamente pobladas de sudores,
retumbantes las venas desde las uñas rotas,
constelan los espacios de andarnios y clamores,
relámpagos y gotas.

Conducen herrerías, azadas y telares,
muerden metales, montes, raptan hachas, encinas,
y construyen, si quieren, hasta en los mismos mares
fábricas, pueblos, minas,

Estas sonoras manos oscuras y lucientes,
las reviste una piel de invencible corteza,
y son inagotables y generosas fuentes
de vida y de riqueza.

Como si con los astros el polvo peleara,
como si los planetas lucharan con gusanos,
la especie de las manos trabajadora y clara
lucha con otras manos.

Feroces y reunidas en un bando sangriento,
avanzan al hundirse los cielos vespertinos
unas manos de hueso lívido y avariento,
paisaje de asesinos.

No han sonado: no cantan. Sus dedos vagan roncos,
mudamente aletean, se ciernen, se propagan.
Ni tejieron la pana, ni mecieron los troncos,
y blandas de ocio vagan.

Empuñan crucifijos y acaparan tesoros
que a nadie corresponden sino a quien los labora,
y sus mudos crepúsculos absorben los sonoros
caudales de la aurora.

Orgullo de puñales, arma de bombardeos
con un cáliz, un crimen y un muerto en cada uña:
ejecutoras pálidas de los negros deseos
que la avaricia empuña.

¿Quién lavará estas manos fangosas que se extienden
al agua y la deshonoran, enrojecen y estragan?
Nadie lavará manos que en el puñal se encienden
y en el amor se apagan.

Las laboriosas manos de los trabajadores

caerán sobre vosotras con dientes y cuchillas.
Y las verán cortadas tantos explotadores
en sus mismas rodillas.

A LA MUERTE DE SU HIJO

Ausente, ausente, ausente como la golondrina,
ave estival que esquiva vivir al pie del hielo;
golondrina que a poco de abrir la pluma fina,
naufraga en las tijeras enemigas del vuelo.

Flor que no fue capaz de endurecer los dientes,
de llegar al más leve signo de la fiereza.
Vida como una hoja de labios incipientes,
hoja que se desliza cuando a sonar empieza.

Los consejos del mar de nada te han valido...
Vengo de dar a un tierno sol una puñalada,
de enterrar un pedazo de paz en el olvido,
de echar sobre unos ojos un puñado de nada.

Verde, rojo, moreno; verde, azul y dorado;
los latentes colores de la vida, los huertos,
el centro de las flores a tus pies destinado,
de oscuros ojos tristes, de graves blancos yertos.

Mujer arrinconada: mira que ya es de día.
(Ay, ojos sin poniente por siempre en la alborada).
Pero en tu vientre, pero en tus ojos, mujer mía,
la noche continúa cayendo desolada.

JOSE HIERRO

Después de todo, todo ha sido nada,
a pesar de que un día lo fue todo.
Después de nada, o después de todo
supe que todo no era más que nada.
Grito «¡Todo!», y el eco dice «¡Nada!».
Grito «¡Nada!», y el eco dice «¡Todo!».
Ahora sé que la nada lo era todo,
y todo era ceniza de la nada.
No queda nada de lo que fue nada.
(Era ilusión lo que creía todo
y que, en definitiva, era la nada.)

Qué más da que la nada fuera nada
si más nada será, después de todo,
después de tanto todo para nada.

LEON FELIPE

PERDÓN

¡Soy ya tan viejo.
Y se ha muerto tanta gente a la que yo he ofendido
y ya no puedo encontrarla para pedirla perdón!
Ya no puedo hacer otra cosa
que arrodillarme ante el primer mendigo
y besarle la mano.
Yo no he sido bueno...
quisiera haber sido mejor.
Estoy hecho de un barro
que no está bien cocido todavía.
¡Tenía que pedir perdón a tanta gente!
Pero todos se han muerto.
¿A quién le pido perdón ya?...
¿A ese mendigo?
¿No hay nadie más en España,
en el mundo
a quien yo deba pedirle perdón?...

Voy perdiendo la memoria
y olvidando todas las palabras...
Ya no recuerdo bien...
Voy olvidando... olvidando... olvidando..

Las palabras se me van
como palomas de un palomar desahuciado y viejo
y sólo quiero que la última paloma,
la última palabra, pegadiza y terca,
que recuerde al morir sea ésta: Perdón.

ROMERO SOLO...

Ser en la vida
romero,
romero sólo que cruza
siempre por caminos nuevos;
ser en la vida romero,

sin más oficio, sin otro nombre
y sin pueblo ...
ser en la vida
romero... romero... sólo romero.
Que no hagan callo las cosas
ni en el alma ni en el cuerpo...
pasar por todo una vez,
una vez sólo y ligero, ligero, siempre ligero.
Que no se acostumbre el pie
a pisar el mismo suelo,
ni el tablado de la farsa,
ni la losa de los templos,
para que nunca recemos
como el sacristán
los rezos,
ni como el cómico
viejo
digamos los versos.
La mano ociosa es quien tiene
más fino el tacto en los dedos,
decía Hamlet a Horacio,
viendo
cómo cavaba una fosa
y cantaba al mismo tiempo
un
sepulturero.
- No
sabiendo
los oficios
los haremos
con
respeto-.
Para enterrar
a los muertos como debemos
cualquiera sirve, cualquiera...
menos un sepulturero.
Un día todos sabemos hacer justicia;
tan bien como el rey hebreo,
la hizo
Sancho el escudero
y el villano
Pedro Crespo...
Que no hagan callo las cosas
ni en el alma ni en el cuerpo...
pasar por todo una vez,
una vez sólo y ligero, ligero, siempre ligero.
Sensibles a todo viento
y bajo

todos los cielos,
Poetas,
nunca cantemos
la vida
de un mismo pueblo,
ni la flor
de un solo huerto...
Que sean todos
los pueblos
y todos
los huertos nuestros.

COLOFON

Luz...
Cuando mis lágrimas te alcancen
la función de mis ojos
ya no será llorar,
sino ver.

Nadie fue ayer,
ni va hoy,
ni irá mañana
hacia Dios
por este mismo camino
que yo voy.
Para cada hombre guarda
un rayo nuevo de luz el sol...
y un camino virgen
Dios.

ORACION

Señor, yo te amo
porque juegas limpio;
sin trampas – sin milagros –;
porque dejas que salga,
paso a paso,
sin trucos – sin utopías –,
carta a carta,
sin cambios,
tu formidable
solitario.

SÉ TODOS LOS CUENTOS

Yo no sé muchas cosas, es verdad.
Digo tan sólo lo que he visto.
Y he visto:
que la cuna del hombre la mecen con cuentos,
que los gritos de angustia del hombre los ahogan con cuentos,
que el llanto del hombre lo taponan con cuentos,
que los huesos del hombre los entierran con cuentos,
y que el miedo del hombre...
ha inventado todos los cuentos.
Yo no sé muchas cosas, es verdad,
pero me han dormido con todos los cuentos...
y sé todos los cuentos.

LA CRUZ

Y me encontré, de pronto,
en una tenebrosa soledad
sin otra compañía que la angustia,
el desamparo y el terror.
Entonces quise morir. Vine a estar casi muerto.
¡Qué cerrada agonía!
Luego llegó el milagro.
Y ahora, desde hace algunos días,
voy abriendo los ojos a la vida otra vez.
He vuelto... Como Lázaro he vuelto.
Y he vuelto a rezar. En la forma sencilla de las almas humildes: con el Padrenuestro:
«Señor... venga a nos el Tu reino.»
Éstas son las primeras palabras del hombre desnudo, pidiendo la Luz.
Desnudo estoy también, Señor, y mi pobre cerebro no pasa de aquí...
«Venga a nos el Tu reino.» Esta es mi oración...
Uno se va y vuelve –yo he estado dormido mucho tiempo–.
Uno se va y vuelve a decir las viejas palabras rutinarias.
Pasan los siglos y uno no hace más que repetir las viejas palabras rutinarias...
No hay palabras nuevas, la vieja canción es la eterna canción:
«Padre Nuestro que estás en los cielos... Venga a nos el Tu reino.»
Creo que hay un mundo y un cielo pequeños y nuestros donde tenemos, hoy, que
organizar nuestro destino;
creo que más allá existen otros mundos y un Dios
[más grande que ahora no podemos comprender;
y creo que lo nuestro hoy, lo que se acomoda a nuestra altura presente... es la Cruz,
y la Cruz también es mía.
Nada se ha inventado sobre la tierra más grande que la Cruz.
Hecha está la cruz a la medida de Dios, de nuestro Dios.
Y hecha está también a la medida del hombre.

«Hazme una cruz sencilla, carpintero...
Sin añadidos ni ornamentos...
que se vean desnudos los maderos,
desnudos... y decididamente rectos:
los brazos en abrazo hacia la tierra,
el astil disparándose a los cielos...
que no haya un solo adorno que distraiga ese gesto,
este equilibrio humano de los dos mandamientos...
Sencilla, sencilla... Hazme una cruz sencilla, carpintero.»

Aquí cabe crucificado nuestro Dios,
nuestro Dios próximo,
nuestro Pequeño Dios,
el Señor,
el Enviado Divino,
el Puente Luminoso,
el Dios hecho Hombre o el Hombre hecho Dios,
el que pone en comunicación nuestro pequeño recinto planetario solar
con el universo de la luz absoluta.
Aquí cabe ¡crucificado!... en esta cruz...
Y nuestra pobre y humana arquitectura de barro... cabe... ¡crucificada también!

JUAN RAMON JIMÉNEZ

A MI HERMANA

Tú me mirarás llorando,
- será el tiempo de las flores-
tú me mirarás llorando
y yo te diré: No llores.

Mi corazón, lentamente,
se irá durmiendo.... Tu mano
acariciará la frente
sudorosa de tu hermano.

Tú me mirarás sufriendo,
yo sólo tendré tu pena;
tú me mirarás sufriendo,
tú, hermana, que eres tan buena.

Y tú me dirás: ¿Qué tienes?
Y yo miraré hacia el suelo,
Y tú me dirás: ¿Qué tienes?
y yo miraré hacia el cielo.

Y yo me sonreiré,
- y tú estarás asustada-,
y yo me sonreiré
para decirte: No es nada....

ENFERMO

¡Ponlo, otra vez, Señor, en pie sobre tu tierra,
firme, y sonriente, y plácido!
-¡Que no sea este estar tendido, enfermo,
estar tendido ya por siempre!-
¡Levántalo, Señor; torna la sangre
justa a su corazón, el claro ver
a sus ojos, el bello hablar
a su boca; devuélvele
la corriente completa
al cauce exhausto de su pensamiento;
ese sentirse a gusto, ese
no sentirse la vida -y darla toda-
que es vida plena!
¡Ponlo,
Señor, en pie, como me tienes
a mí, como estás Tú!

DIOS DE AMOR

Lo que queráis, señor;
y sea lo que queráis.
Si queréis que entre las rosas
ría hacia los matinales
resplandores de la vida,
que sea lo que queráis.
Si queréis que entre los cardos
sangre hacia las insondables
sombras de la noche eterna,
que sea lo que queráis.
Gracias si queréis que mire,
gracias si queréis cegarme;
gracias por todo y por nada,
y sea lo que queráis.
Lo que queráis, señor;
y sea lo que queráis.

LA MUERTE ES BELLA

¿Que me vas a doler, muerte?
¿Es que no duele la vida?
¿Porqué he de ser más osado
para el vivir exterior
que para el hondo morir?
La tierra ¿qué es que no el aire?
¿Porqué nos ha de asfixiar,
porqué nos ha de cegar,
porqué nos ha de aplastar,
porqué nos ha de callar?
¿Porqué morir ha de ser
lo que decimos morir,
y vivir sólo vivir,
lo que callamos vivir?
¿Porqué el morir verdadero
(lo que callamos morir)
no ha de ser dulce y suave
como el vivir verdadero
(lo que decimos vivir?)

La muerte es el reposo,
del día de la vida;
para que despertemos descansados
en el día total del infinito.

La muerte es sólo un reposo,
más que el sueño. De ella, un día
— ¡aurora augusta y completa! —,
saldremos fuertes, exactos,
para un vivir tan eterno
como ella,
para un trabajo inmortal.

La muerte es una madre nuestra antigua,
nuestra primera madre, que nos quiere
a través de las otras, siglo a siglo,
y nunca, nunca nos olvida;
madre que va, inmortal, atesorando
— para cada uno de nosotros sólo —
el corazón de cada madre muerta;
que esta más cerca de nosotros,
cuantas más madres nuestras mueren;
para quien cada madre sólo es
un arca de cariño que robar
— para cada uno de nosotros sólo —;
madre que nos espera,

como madre final, con un abrazo inmensamente abierto,
que ha de cerrarse, un día, breve y duro,
en nuestra espalda, para siempre.

EL VIAJE DEFINITIVO

Y yo me iré. Y se quedarán los pájaros
cantando;
y se quedará mi huerto, con su verde árbol,
y con su pozo blanco.

Todas la tardes, el cielo será azul y plácido;
y tocarán, como esta tarde están tocando,
las campanas del campanario.

Se morirán aquellos que me amaron;
y el pueblo se hará nuevo cada año;
y lejos del bullicio distinto, sordo, raro
del domingo cerrado,
del coche de las cinco, de las siestas del baño,
y en el rincón aquel de mi huerto florido y encalado,
mi espíritu errará, nostálgico...

Y yo me iré; y estaré solo, sin hogar, sin árbol
verde, sin pozo blanco,
sin cielo azul y plácido...
Y se quedarán los pájaros cantando.

ESPERANZA

¡Esperar! ¡Esperar! Mientras, el cielo
cuelga nubes de oro a las lluviosas;
las espigas suceden a las rosas;
las hojas secas a la espiga; el yelo

sepulta la hoja seca; en largo duelo,
despide el ruiseñor las amorosas
noches; y las volubles mariposas
doblan en el caliente sol su vuelo.

Ahora, a la candela campesina,
la lenta cuna de mis sueños mecen
los vientos del octubre colorado...

La carne se me torna más divina,

viejas, las ilusiones, encanecen,
y lo que espero ¡ay! es mi pasado.

LOPE DE VEGA

XLVIII

Hombre mortal mis padres me engendraron,
aire común y luz de los cielos dieron,
y mi primera voz lágrimas fueron,
que así los reyes en el mundo entraron.
La tierra y la miseria me abrazaron,
paños, no piel o pluma, me envolvieron,
por huésped de la vida me escribieron,
y las horas y pasos me contaron.
Así voy prosiguiendo la jornada
a la inmortalidad el alma asida,
que el cuerpo es nada, y no pretende nada.
Un principio y un fin tiene la vida,
porque de todos es igual la entrada,
y conforme a la entrada la salida.

XVI

Muere la vida, y vivo yo sin vida,
ofendiendo la vida de mi muerte,
sangre divina de las venas vierte,
y mi diamante su dureza olvida.
Está la majestad de Dios tendida
en una dura cruz, y yo de suerte
que soy de sus dolores el más fuerte,
y de su cuerpo la mayor herida.
¡Oh duro corazón de mármol frío!,
¿tiene tu Dios abierto el lado izquierdo,
y no te vuelves un copioso río?
Morir por él será divino acuerdo,
mas eres tú mi vida, Cristo mío,
y como no la tengo, no la pierdo.

XIV

Pastor que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño,
Tú que hiciste cayado de ese leño,
en que tiendes los brazos poderosos,
vuelve los ojos a mi fe piadosos,
pues te confieso por mi amor y dueño,

y la palabra de seguirte empeño,
tus dulces silbos y tus pies hermosos.
Oye, pastor, pues por amores mueres,
no te espante el rigor de mis pecados,
pues tan amigo de rendidos eres.
Espera, pues, y escucha mis cuidados,
pero ¿cómo te digo que me esperes,
si estás para esperar los pies clavados?

XVIII

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta cubierto de rocío
pasas las noches del invierno oscuras?
¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!
¡Cuántas veces el Ángel me decía:
«Alma, asómate agora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía»!
¡Y cuántas, hermosura[s] soberana,
«Mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!

XVIII

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta cubierto de rocío
pasas las noches del invierno oscuras?
¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!
¡Cuántas veces el Ángel me decía:
«Alma, asómate agora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía»!
¡Y cuántas, hermosura[s] soberana,
«Mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!

ANTONIO MACHADO

ERAN AYER MIS DOLORES...

Eran ayer mis dolores
como gusanos de seda
que iban labrando capullos;
hoy son mariposas negras.

¡De cuántas flores amargas
he sacado blanca cera!
¡Oh, tiempo en que mis pesares
trabajaba como abeja!

Hoy son como avenas locas,
o cizaña en sementera,
como tizón en espiga,
como carcoma en madera.

¡Oh, tiempo en que mis dolores
tenía lágrimas buenas,
y eran como agua de noria
que va regando una huerta!
Hoy son agua de torrente
que arranca el limo a la tierra.

Dolores que ayer hicieron
de mi corazón colmena,
hoy tratan mi corazón
como a una muralla vieja:
quieren derribarlo, y pronto,
al golpe de la piqueta.

AL OLMO SECO

Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo
algunas hojas verdes le han salido.
¡El olmo centenario en la colina
que lame el Duero! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.
No será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiseñores.

Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden sus telas grises las arañas.
Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;
antes que rojo en el hogar, mañana,
ardas en alguna mísera caseta,
al borde de un camino;
antes que te descuaje un torbellino
y tronche el soplo de las sierras blancas;
antes que el río hasta la mar te empuje
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.
Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.

ANOCHE CUANDO DORMÍA

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una fontana fluía
dentro de mi corazón.

Di, ¿por qué acequia escondida,
agua, vienes hasta mí,
manantial de nueva vida
de donde nunca bebí?

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una colmena tenía
dentro de mi corazón;

y las doradas abejas
iban fabricando en él,
con las amarguras viejas
blanca cera y dulce miel.

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que un ardiente sol lucía
dentro de mi corazón.

Era ardiente porque daba
calores de rojo hogar,
y era sol porque alumbraba
y porque hacía llorar.

Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón.

Y NO ES VERDAD, DOLOR, YO TE CONOZCO...

Y no es verdad, dolor, yo te conozco,
tú eres nostalgia de la vida buena
y soledad de corazón sombrío,
de barco sin naufragio y sin estrella.

Como perro olvidado que no tiene
huella ni olfato y yerra
por los caminos, sin camino, como
el niño que en la noche de una fiesta

se pierde entre el gentío
y el aire polvoriento y las candelas
chispeantes, atónito, y asombra
su corazón de música y de pena.

así voy yo, borracho melancólico,
guitarrista lunático, poeta,
y pobre hombre en sueños,
siempre buscando a Dios entre la niebla.

¿MI CORAZÓN SE HA DORMIDO?

¿Mi corazón se ha dormido?
Colmenares de mis sueños,
¿ya no labráis? ¿Está seca
la noria del pensamiento,
los cangilones vacíos
girando, de sombra llenos?

No, mi corazón no duerme.
Está despierto, despierto.
ni duerme, ni sueña, mira,
los claros ojos abiertos,

señas lejanas y escucha
a orillas del gran silencio.

TRES CANTARES ENVIADOS A UNAMUNO EN 1913

I.

Señor, me cansa la vida,
tengo la garganta ronca
de gritar sobre los mares,
la voz de la mar me asorda.
Señor, me cansa la vida
y el universo me ahoga.
Señor, me dejaste solo,
solo, con el mar a solas.

II

O tú y yo jugando estamos
al escondite, Señor,
o la voz con que te llamo
es tu voz.

III

Por todas partes te busco
sin encontrarte jamás,
y en todas partes te encuentro
sólo por irte a buscar.

MANUEL MACHADO

«Hijo, para descansar,
es necesario dormir,
no pensar,
no sentir,
no soñar...»
«Madre, para descansar,
morir».

JOSE LUIS MARTIN DESCALZO

TESTAMENTO DEL PÁJARO SOLITARIO

I. Vacío en la noche

A veces, en la noche, hay un crujido
de nieve sucia, galopando, muerta,
que deja el alma extremaunciada y yerta
y ya no sabes para qué has nacido.

Y ya no sabes para qué has vivido,
y se queda la sangre tan desierta
que te sientas, perdido, ante tu puerta,
ante tu puerta, sin por qué, perdido.

¿Quién eres? ¿Dónde estás? ¿Por qué tus huesos
se obstinan en ser "polvo enamorado"?
¿Por qué tienes en lista tantos besos
que nunca diste, que jamás te han dado?
¿Por qué todos tus sueños nacen presos
dentro de un corazón encadenado?

II. Estamos solos

Estamos solos, flores, frutas, cosas.
Estamos solos en el infinito.
Yo sé muy bien que si esta noche grito
continuarán impávidas las rosas.

Junto a mi llanto seguirán gloriosas
las azucenas, si las necesito.
No sufre el árbol por mi amor marchito.
No lloran por mi sed las mariposas.

Canta el mar a la orilla de mi llaga.
Su melena de estrellas florecida
sobre el hambre del hombre el sol pasea.
Amé a las cosas y ésta fue su paga:
seguirán vivas todas sin mi vida,
la luz continuará sin que la vea.

III. El laberinto

De niño yo creí que todo era

como la sangre que en mi pecho ardía.
Que vivir era un chorro de alegría.
Que crecer era un sol de primavera.

De niño yo creí que bastaría
con sonreír para que el mundo ardiera.
Que bastaría con que yo tuviera
el alma en pie para que fuese mía.

Y ahora estoy en esta encrucijada
que no sé dónde acaba y dónde empieza,
laberinto del todo y de la nada
donde flota, entre sombras, mi torpeza.
¡Y hay dos tigres dormidos en mi almohada!
¡Y hay un león bramando en mi cabeza!

IV. Amor y humo

"Un corazón solitario no es un
corazón". (*Antonio Machado*).

¿Y qué es, entonces, el corazón mío:
una fruta que alguien puso, podrida,
dentro de mí? ¿Una piedra dormida?
Una hoguera congelada en el frío?

¿Un llanto almacenado? ¿Un sombrío
galopar de caballos? ¿Una herida
hacia dentro del alma? ¿Una guarida
de miedos, soledad y desvarío?

Estar solo es morir. Lo sé. Lo entiendo,
pues yo soy un experto en soledades
y en soledad mi corazón consumo.
Yo nací solo. Yo nací sabiendo
que cruzaría todas mis edades
sembrando amor y cosechando humo.

V. El error

Está claro: No sirvo para humano.
Yo debí detenerme en los umbrales
de la infancia, en los tiernos pañales
del corazón de mi primer verano.

Mi error fue crecer. Tender la mano

al carro aquél de los demás mortales
donde todos vivían a raudales
y yo sólo tenía mi mecano.

Sólo tenía juegos y esperanzas.
Sólo llevaba sueños y alegría.
Sólo sabía lo que no sabía.
Sólo esperaba bienaventuranzas.
Sólo albergaba llanto para un día.
¡Y aquí todos vivían entre lanzas!

I. El nombre del invisible

Cuando tu nombre oí por vez primera
–Dios, Dios, Dios– misterioso y venerado,
¿qué quería decir? ¿Un sol dorado?
¿Una estrella inventada? ¿Una quimera?

Dios, Dios, me repetía. Dios ¿qué era?
¿El seno de mi madre recobrado?
¿Era el amor? ¿Un balón? ¿Un helado?
¿La flor gloriosa de la primavera?

Tus cuatro letras en mi boca daban
vueltas y vueltas como una bebida.
Tal vez, saboreándolas, hallara
la verdad de tu ser. Y ellas giraban,
y Tú llenabas de sabor mi vida,
pero seguías sin mostrar tu cara.

II. La primera puesta de sol

Y el niño que yo era lo miraba
hipnotizado, sin respirar. Temía
que el corazón ceniza se me haría
mientras el gran gigante agonizaba.

¿Quién hay "dentro" del sol? me preguntaba.
¿Quién enciende su fuego? me decía.
¿Quién me habla entre sus llamas? ¿Qué quería
la voz de aquella luz que me gritaba?

¿Era Dios? ¿Era el fuego de sus ojos?
¿Era infierno o amor? ¿Aquella hoguera
creaba o destruía en sus abrazos?
Y me tendí bajo sus rayos rojos

para que, con su lengua, me lamiera.
Y me dejé arrullar entre sus brazos.

III. La visita a la catedral

Recuerdo que una mano me llevaba
y que, en la mano, un corazón latía,
una savia caliente, que subía
por mis dedos y que me confortaba.

Recuerdo que mi madre la apretaba
como abrazando mi alma, que decía:
"Mira, aquí está Dios, Dios", y que tenía
temblor su voz cuando lo mencionaba.

Y yo buscaba al Dios desconocido
en los altares, sobre la vidriera
en que jugaba el sol a ser fuego y cristal.
Y ella añadía: "No le busques fuera,
cierra los ojos, oye su latido.
Tú eres, hijo, la mejor catedral".

IV. Miedo en la noche

(Soneto falso)

Algunas veces, al llegar la noche
yo me volvía ateo algunas horas,
arropado en las sábanas del miedo
pues Dios estaba enfermo de los ojos.

Y, mientras se volvía la luz tuberculosa,
iban a refugiarse en la sombra los muebles
y hasta mi madre desaparecía
dejando a los murciélagos su oficio.

Y yo entonces rezaba: "Dios que has muerto,
¿no podrías volver para curarme el miedo?"
Y El callaba, callaba muchos siglos en la noche.
Hasta que, al fin, con la mañana, volvía la luz
y yo entonces creía y podía dormirme
dulcemente en sus brazos recobrados.

V. En la nieve

Aquella vez yo te encontré en la nieve.

Me habían dicho: "No abras la ventana,
que tiene mil cuchillos la mañana
y hoy ni el sol a madrugar se atreve".

¡Oh, pálido rostro de Dios! Un leve
sonido solitario de campana
cruza mi corazón. Una lejana
lluvia de paz sobre mi pecho llueve.

Y Tú estabas allí, oh Dios callado,
oh Dios sin estrenar, Dios recién hecho,
esperando que te inaugure el hombre.
Y yo crucé tu corazón nevado,
surqué el blanco silencio de tu pecho,
niño feliz rodando por tu nombre.

VI. El muerto

A los 6 años vi el primer muerto:
un muchacho que traían de la guerra.

Mas te encontré en la sangre sobre todo.
En aquella cabeza destrozada
de mi amigo Manuel y en su mirada
enterrada entre coágulos y yodo.

Tú morías con él, codo con codo.
Aquella era tu sangre derramada.
Ni Tú sin él, ni él sin Ti sois nada,
pues ser Dios es ser hombre de otro modo.

Tú estás dentro de él, porque Tú eres
el aire que respira, la alegría
y la esperanza que sus llantos calma.
Tú estás en él, porque si no estuvieras
nadie sobre la tierra viviría.
Tú eres el hombre en sueño, carne y alma.

VII. Las cosas

No les pido a las cosas que sean más que cosas.
No le pido a la rama que sea más que rama.
No espero que la llama arda más que la llama.
No sueño que las rosas parezcan más que rosas.

No les pido a las frutas que sean milagrosas.

No exijo al sol el oro de su fama.
No ansío que florezca diamantes la retama.
Siendo más, no serían más hermosas.

Sea fiel a sí misma la manzana
y sea el viento, viento consecuente.
No le preocupe al campo ser barbecho.
Sea la nieve solitaria y cana.
Bástele al agua con ser transparente.
Dios, con ser Dios, lo halló todo bien hecho.

VIII. Fe

Jugando con Lope

En medio de la sombra y de la herida
me preguntan si creo en Ti. Y digo
que tengo todo cuando estoy contigo:
el sol, la luz, la paz, el bien, la vida.

Sin Ti, el sol es luz descolorida.
Sin Ti, la paz es un cruel castigo.
Sin Ti, no hay bien ni corazón amigo.
Sin Ti, la vida es muerte repetida.

Contigo el sol es luz enamorada
y contigo la paz es paz florida.
Contigo el bien es casa reposada
y contigo la vida es sangre ardida.
Pues, si me faltas Tú, no tengo nada:
ni sol, ni luz, ni paz, ni bien, ni vida.

VIII

Nunca podrás, dolor, acorralarme.
Podrás alzar mis ojos hacia el llanto,
secar mi lengua, amordazar mi canto,
sajar mi corazón y desguazarme.

Podrás entre tus rejas encerrarme,
destruir los castillos que levanto,
ungir todas mis horas con tu espanto.
Pero nunca podrás acobardarme.

Puedo amar en el potro de tortura.
Puedo reír cosido por tus lanzas.
Puedo ver en la oscura noche oscura.
Llego, dolor, a donde tú no alcanzas.

Yo decido mi sangre y su espesura.
Yo soy el dueño de mis esperanzas.

IX

Cuando los cuerpos vuelvan a la vida
¿sabrán aún caminar? ¿O marcharemos
a tientas por las cosas? ¿Volveremos
a empezar, como niños, la partida?

La carne transparente y desvalida
¿se sentirá exiliada? ¿Buscaremos
andaduras, muletas, manos, remos,
en esta patria tan desconocida?

Como el enfermo vuelve vacilante
a caminar, como el desterrado
que no entiende el idioma de la gente,
el cuerpo estrenará, tambaleante,
su nuevo oficio de resucitado,
niños, por fin, reciennacidamente.

Redondamente

A Pascua sabe el Pan, a Pascua viva,
un pan aún, apenas, masticado,
y vivo ya, y ya resucitado.
Aún bajo tierra y ya volando arriba.

No hay nada que la muerte no reviva
y nada que, al nacer, no esté enterrado:
el Pan ya está en la hoz, y en el bocado
latiendo está la espiga primitiva.

Y Dios es Pan, y simultáneamente
el Pan ya es muerte y ya la muerte es vuelo;
y el Pan, que es pan si lo miráis de frente
es más que pan si levantáis el velo.
Que carne y pan y muerte y tierra y cielo
juegan al corro en Dios, redondamente.

Ponedle a Cristo una venda en los ojos

Bien te aviso: dos horas solamente
y todos ya te habremos traicionado:
Judas te besaré, yo habré besado,

los pedros mentirán cobardemente,
a tu costado acercará su lente
un eterno tomás desconfiado,
y, si algún juan te sigue, ilusionado,
lo hará de lejos, muy prudentemente.

Mas Tú cierra los ojos. Tú equivócate
una vez más. Nosotros seguiremos.
Pero Tú inventa una esperanza loca:
quizás mañana, cuando traicionemos,
sonriamos pensando que aún tenemos
este Amor que llevarnos a la boca.

Segunda cruz

Esta mañana le he llevado la comunión a una muchacha cancerosa.

Te hablo de Rosa. La conoces. Esta
mañana vuestras carnes se juntaron
y hasta quizá sus venas contagiaron
su cáncer a tu Cuerpo, sin protesta.

¡Oh, Cristo canceroso! ¡Cómo cuesta
esta segunda cruz! No te bastaron
ser hombre, barro, llanto, pan. Te resta
beber del cáncer la cruel apuesta.

¡Se va a morir! ¡Lo sabes! Ya en su vida
hay un ácido olor a sepultura,
capaz de derribaros a los dos.
¡Salva, Cristo, tu Carne de esta herida!
¿Compartiréis la podredumbre oscura,
cuerpo de Rosa, corazón de Dios?

Lo que veo

Ahora que estamos solos, Cristo,
te diré la verdad: Señor, no creo.
¿Cómo puedo creerme lo que veo
si la fe es creer lo que no he visto?

Si oigo tu voz en mí ¿cómo resisto?
¿Cómo puedo buscar, si te poseo,
si te mastico, si te saboreo?
Esta es mi fe: Comulgo, luego existo.

No tendré que saltar sobre el vacío
para llegar al borde de tus manos
o poner en tu pecho mi cabeza.
Más dentro estás de mí que lo mas mío.
Conozco más tu voz que a mis hermanos.
Que es más cierta tu fe que la certeza.

Nadie ni nada

Nadie estuvo más solo que tus manos
perdidas entre el hierro y la madera;
mas cuando el Pan se convirtió en hoguera
nadie estuvo más lleno que tus manos.

Nadie estuvo más muerto que tus manos
cuando, llorando, las besó María;
mas cuando el vino ensangrentado ardía
nada estuvo más vivo que tus manos.

Nada estuvo más ciego que mis ojos
cuando creí mi corazón perdido
en un ancho desierto sin hermanos.
Nadie estaba más ciego que mis ojos.
Grité, Señor, porque te habías ido.
Y Tú estabas latiendo entre mis manos.

Ultimas noticias sobre la muerte del autor

I

Se lo encontraron muerto una mañana
de principios de otoño. Sonreía
dando gracias al sol, que aún lamía
su piel tras el cristal de la ventana.

Dijeron que sonaba una campana
y que él, desde la muerte, todavía
la quería escuchar y que tendía
las muertas manos a la voz lejana.

Dicen que el cuerpo estaba acurrucado
como el de un pequeño que quisiera
regresar hasta el punto de partida.
Aseguran que no estaba asustado
y jugaba a morir, como si fuera
el último recreo de su vida.

II

Antes que sus amigos, se enteraron
de su muerte las cosas, las queridas
cosas que tanto amó, que, sorprendidas,
a su cuerpo caído se acercaron.

"¿Por qué no ríe ya?" se preguntaron
los bolígrafos viudos, las dormidas
librerías, las sábanas caídas
que por última noche le arroparon.

Todo esperaba el roce de sus dedos,
todos querían volver a su mano,
porque, en su muerte, todos se morían.
Y allí quedaron los objetos quedos,
acariciando al pobre muerto humano
con los últimos besos que tenían.

III

Cuando llegó, la gente no entendía
que estuviera tan muerto, tan dormido
aquel muchacho que no había sabido
más que vivir, vivir, mientras vivía.

¿Qué vas a hacer, la gente le decía,
ahora que estás tan muerto, tan herido,
ahora que tus jardines han huido
y que se te ha extraviado la alegría?

¿Cómo amaré tu corazón parado?
¿Qué harás si la esperanza se te acaba?
¿Podrás vivir en la tiniebla fría?
Pero él seguía allí, muerto y helado.
Pero él estaba muerto y se callaba.
Pero él estaba muerto y no sabía.

IV

El no sintió que el cuerpo iba quedando
duro, de piedra solitaria y fría.
No comprobó que el corazón dormía
y que la última sed se iba apagando.

Pero allá, en algún sitio, suplicando
se oyó su muerta voz que repetía
que aceptaba morir, pero quería

salvar lo que se estaba marchitando.

Salvar la pobre carne de la muerte,
rescatar del gusano aquellas manos
y el niño corazón que tanto amara.

Pero estaba jugada ya su suerte:
era el precio que pagan los humanos.
Porque la vida siempre sale cara.

V

Y entonces vio la luz. La luz que entraba
por todas las ventanas de su vida.
Vio que el dolor precipitó la huida
y entendió que la muerte ya no estaba.

Morir sólo es morir. Morir se acaba.
Morir es una hoguera fugitiva.
Es cruzar una puerta a la deriva
y encontrar lo que tanto se buscaba.

Acabar de llorar y hacer preguntas;
ver al Amor sin enigmas ni espejos;
descansar de vivir en la ternura;
tener la paz, la luz, la casa juntas
y hallar, dejando los dolores lejos,
la Noche-luz tras tanta noche oscura.

José Luis Martín Descalzo, Testamento del Pájaro Solitario, Verbo Divino 1991

LOS OCASOS DEL ALMA

Esta tarde de otoño he salido al jardín,
y todo en él lloraba un lamento de muerte,
las penúltimas flores temblaban bajo el frío,
se quejaban los árboles con su llanto de hojas,
olía a cementerio lo que ayer fue verdura.
Y levanté los ojos hacia tu ácido cielo para saber, Dios mío,
por qué has puesto la muerte como horizonte último,
de cuanto hay en el mundo.

¿Por qué Señor ataste tu creación entera al dominio del tiempo?
¿Por qué todo envejece y todo se desgasta?
¿Por qué hasta el sol se pone como para decirnos cada tarde
que nada es eterno y que todo declina?

Y más que nada, el hombre:
entramos en la vida con júbilo de infancia,
en el vigor crecemos y nos creemos fuertes,
pero pronto los años ablandan nuestras horas
y vuelve nuestro cuerpo a inclinarse a la tierra.

Si Tú hiciste a los hombres a imagen y semejanza tuya,
¿cómo es que tan temprano se arrugan y empobrecen?
¿por qué dura el diamante más que la carne humana?
¿por qué las catedrales salidas de sus manos,
seguirán levantándose mientras su autor ha muerto?
¿por qué duran los mares y los hombres no duran?
¿por qué el sol envejece menos que nuestras manos?

- Escúchame, hijo mío, lo que voy a decirte,
escucha bien y aprende la realidad.
No debes engañarte, no debes juzgar nunca por sola apariencia,
la realidad que miras es tan sólo el reverso de un tapiz que no has visto,
y que verás un día y entenderás del todo.

Porque tú vivirás cuando todo haya muerto,
en ti hay algo más fuerte que el más fuerte diamante,
en ti hay algo que dura más que las catedrales,
en ti hay algo que nunca se consume y perece,
los otoños del alma nunca matan del todo,
cuando una flor se muere, se muere para siempre,
mas tu vida es la llama que nunca se consume,
el sol que siempre vuelve,
porque al hacerte hombre, a semejanza mía,
yo he sembrado en tu carne a la niña esperanza.

Déjame que te diga que el dolor nunca vence,
que tan sólo prepara y por eso es sagrado,
como lo es la tierra que el arado desgarrar para hacerla fecunda de trigos y frutas.
Yo bajo a ti en tus luchas,
yo veo en tus arrugas el anuncio gozoso de la niñez eterna
que os tengo preparado.
No tengas miedo, hijo,
yo secaré tus lagrimas,
yo las haré fecundas,
pues sé que en este otoño de enfermedad y muerte,
tú siembras la semilla de nuestra vida eterna.

GABRIELA MISTRAL

CREO EN MI CORAZÓN

Creo en mi corazón, ramo de aromas
que mi Señor como una fronda agita,
perfumando de amor toda la vida
y haciéndola bendita.

Creo en mi corazón, el que no pide
nada porque es capaz del sumo ensueño
y abraza en el ensueño lo creado:
¡inmenso dueño!

Creo en mi corazón, que cuando canta
hunde en el Dios profundo el franco herido,
para subir de la piscina viva
recién nacido

Creo en mi corazón, el que tremola
porque lo hizo el que turbó los mares,
y en el que da la Vida orquestaciones
como de pleamares.

Creo en mi corazón, el que yo exprimo
para teñir el lienzo de la vida
de rojez o palor y que le ha hecho
veste encendida.

Creo en mi corazón, el que en la siembra
por el surco sin fin fue acrecentando.
Creo en mi corazón, siempre vertido,
pero nunca vaciado.

Creo en mi corazón, en que el gusano
no ha de morder, pues mellará a la muerte;
creo en mi corazón, el reclinado
en el pecho de Dios terrible y fuerte.

ESTE LARGO CANSANCIO SE HARÁ MAYOR UN DÍA

Este largo cansancio se hará mayor un día
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir
arrastrando su masa por la rosada vía
por donde van los hombres, contentos de vivir...

Sentirás que a tu lado cavan briosamente,

que otra dormida llega a la quieta ciudad.
Esperaré que me hayan cubierto totalmente...
¡y después hablaremos por una eternidad!

Sólo entonces sabrás el por qué, no madura
para las hondas huesas tu carne todavía,
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir.
Se hará luz en la zona de los sinos, oscura:
sabrás que en nuestra alianza signo de astros había
y, roto el pacto enorme, tenías que morir...

AMADO NERVO

OFERTORIO

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:
¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!
Tú me diste un amor, un solo amor,
¡un gran amor!
Me lo robó la muerte
y no me queda más que mi dolor.
Acéptalo, Señor:
¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!...

HAY QUE ...

Hay que andar por el camino
posando apenas los pies;
hay que ir por este mundo
como quien no va por él.

La alforja ha de ser ligera;
firme el báculo ha de ser,
y más firme la esperanza,
y más firme aún la fe.

A veces la noche es lóbrega;
mas para el que mira bien
siempre desgarrá una estrella
la ceñuda lóbreguez.

Por último, hay que morir
al deseo y al placer,
para que al llegar la muerte

a buscarnos, halle que
ya estamos muertos del todo,
no tenga nada que hacer
y se limite a llevarnos
de la mano por aquel

sendero maravilloso
que habremos de recorrer
libertados para siempre
de tiempo y espacio. ¡Amén!

EN PAZ

Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, vida,
porque nunca me diste ni esperanza fallida,
ni trabajos injustos, ni pena inmerecida;
porque veo al final de mi rudo camino
que yo fui el arquitecto de mi propio destino;
que si extraje la miel o la hiel de las cosas,
fue porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas:
cuando planté rosales, coseché siempre rosas.
...Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno:
¡mas tú no me dijiste que mayo fuese eterno!
Hallé sin duda largas noches de mis penas;
mas no me prometiste tú sólo noches buenas;
y en cambio tuve algunas santamente serenas...
Amé, fui amado, el sol acarició mi faz.
¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

SI TÚ ME DICES “VEN”

Si tú me dices «¡ven!», lo dejo todo...
No volveré siquiera la mirada
para mirar a la mujer amada...
Pero dímelo fuerte, de tal modo
que tu voz, como toque de llamada,
vibre hasta el más íntimo recodo
del ser, levante el alma de su lodo
y hiera el corazón como una espada.
Si tú me dices «¡ven!», todo lo dejo.
Llegaré a tu santuario casi viejo,
y al fulgor de la luz crepuscular;
mas he de compensarte mi retardo,
difundiéndome ¡Oh Cristo! ¡como un nardo
de perfume sutil, ante tu altar!

OH CRISTO

«Ya no hay un dolor humano que no sea mi dolor;
ya ningunos ojos lloran, ya ningún alma se angustia
sin que yo me angustie y llore;
ya mi corazón es lámpara fiel de todas las vigalias,
¡oh Cristo!
»En vano busco en los hondos escondrijos de mi ser
para encontrar algún odio: nadie puede herirme ya
sino de piedad y amor. Todos son yo, yo soy todos,
¡oh Cristo!
»¡Qué importan males o bienes! Para mí todos son bienes.
El rosal no tiene espinas: para mí sólo da rosas.
¿Rosas de Pasión? ¡Qué importa! Rosas de celeste esencia,
purpúreas como la sangre que vertiste por nosotros,
¡oh Cristo!»

LA SOMBRA DEL ALA

Tú que piensas que no creo
cuando argüimos los dos,
no imaginas mi deseo,
mi sed, mi hambre de Dios;
ni has escuchado mi grito
desesperante, que puebla
la entraña de la tiniebla
invocando al Infinito;
ni ves a mi pensamiento,
que empañado en producir
ideal, suele sufrir
torturas de alumbramiento.
Si mi espíritu infecundo
tu fertilidad tuviese,
forjado ya un cielo hubiese
para completar su mundo.
Pero di, ¿qué esfuerzo cabe
en un alma sin bandera
que lleva por dondequiera
tu torturador ¿quién sabe?;
que vive ayuna de fe
y, con tenaz heroísmo,
va pidiendo a cada abismo
y a cada noche un ¿por qué?
De todas suertes, me escuda
mi sed de investigación,

mi ansia de Dios, honda y muda;
y hay más amor en mi duda
que en tu tibia afirmación.

REQUIEM

¡Oh, Señor! Dios de los ejércitos,
eterno Padre, eterno Rey,
por este mundo que creaste
con la virtud de tu poder;
porque dijiste: *la luz sea,*
y a tu palabra *la luz fue;*
porque coexistes con el Verbo,
porque contigo el Verbo es
desde los siglos de los siglos
y sin mañana y sin ayer,
requiem aeternam dona eis, Domine,
el lux perpetua luceat eis!

¡Oh Jesucristo, por el frío
de tu pesebre de Belem,
por tus angustias en el Huerto,
por el vinagre y por la hiel,
por las espinas y las varas
con que tus carnes desgarré,
y por la cruz en que borraste
todas las culpas de Israel;
Hijo del Hombre, desolado,
trágico Dios, tremendo Juez:
requiem aeternam dona eis, Domine,
el lux perpetua luceat eis!

¡Divino Espíritu, Paráclito,
aspiración del gran Iaveh,
que unes al Padre con el Hijo,
y siendo el *Uno* sois los *Tres;*
por la paloma de alas níveas,
por la inviolada doncella
de aquella Virgen que en su vientre
llevó al Mesías Emmanuel;
por las ardientes lenguas rojas
con que inspiraste ciencia y fe
a los discípulos amados
de Jesucristo, nuestro bien:
requiem aeternam dona eis, Domine,
el lux perpetua luceat eis!

En la memoria del aire
estarán mis sufrimientos.

LEOPOLDO PANERO

SONETO

Señor, el viejo tronco se desgaja,
el recio amor nacido poco a poco,
se rompe. El corazón, el pobre loco,
está llorando a solas en voz baja,

del viejo tronco haciendo pobre caja
mortal. Señor, la encina en huesos toco
deshecha entre mis manos, y Te invoco
en la santa vejez que resquebraja

su noble fuerza. Cada rama, en nudo,
era hermandad de savia y todas juntas
daban sombra feliz, orillas buenas.

Señor, el hacha llama al tronco mudo,
golpe a golpe, y se llena de preguntas
el corazón del hombre donde sueñas.

LAS MANOS CIEGAS

Ignorando mi vida,
golpeado por la luz de las estrellas,
como un ciego que extiende,
al caminar, las manos en la sombra,
todo yo, Cristo mío,
todo mi corazón, sin mengua, entero,
virginal y encendido, se reclina
en la futura vida, como el árbol
en la savia se apoya, que le nutre,
y le enflora y verdea.
Todo mi corazón, ascua de hombre,
inútil sin Tu amor, sin Ti vacío,
en la noche Te busca,
le siento que Te busca, como un ciego,
que extiende al caminar las manos llenas
de anchura y de alegría.

ESCRITO A CADA MOMENTO...

Para inventar a Dios, nuestra palabra
busca, dentro del pecho,
su propia semejanza y no lo encuentra,
como las olas de la mar tranquila,
una tras otra, iguales,
quieren la exactitud de lo infinito
medir, al par que cantan...
Y su nombre sin letras,
escrito a cada instante por la espuma,
se borra a cada instante
mecido por la música del agua;
y un eco queda solo en las orillas.
¿Qué número infinito
nos cuenta el corazón?
Cada latido,
otra vez es más dulce, y otra y otra;
otra vez ciegamente desde dentro
va a pronunciar Su nombre.
Y otra vez se ensombrece el pensamiento,
y la voz no le encuentra.
Dentro del pecho está.
Tus hijos somos,
aunque jamás sepamos
decirte la palabra exacta y tuya,
que repite en el alma el dulce y fijo
girar de las estrellas.

JOSÉ MARÍA PEMÁN

Soliloquio y paradoja de la Muerte

Si a vida inmortal no voy
la muerte no existiría;
pues apenas si sería
un no ser lo que ahora soy.

Ella que es tanto, no es nada
si ella acaba toda vida:
pues antes, no fue venida
ni después es recordada.

Si a la nada he de volver,
¿qué es la muerte para mí?
Nada fui mientras viví;
y al morir, dejé de ser.

Ni a la muerte que me espera
ya puedo llamarla «mía»
si aquel ser que yo tenía
deja de ser cuando muera.

Sin vida no existe nada:
luego el trance de morir
¿sobre qué puede venir
siendo la vida acabada?

Si un otro vivir no es cierto,
el vivir es una pena
que cabe en el alma ajena,
mas no en mí que ya soy muerto.

Pero no: que en tal manera
mi muerte gran verdad es
que yo he de vivir después,
según el modo que muera.

Hay muerte porque, al sentirla,
por "mía" la he de sentir:
porque al punto de morir
ya empiezo a sobrevivirla.

Hay muerte porque es igual
nacer y morir: de suerte
que estoy cierto de mi muerte
porque me siento inmortal.

DOLOR

La sinrazón de aquella angustia fría
como la escarcha de las rastrojeras,
ya ha entrado en armonía
con el orden total de las esferas.

Ya sé lo que esperaba
con este fuego lento y gozo vivo:
ya sé lo que lloraba
cuando lloraba sin motivo.

Ya sé el perfil y las razones de esta
silenciosa esperanza indefinida
Yo no soy una mancha en la alta fiesta
del sol, ni una pregunta florecida
en una honda llanura sin respuesta.

Esta angustia que moja de rocío
mi esperanza serena
ya no es grito vacío.
El pensamiento llena
de luz mi soledad: y el dolor mío
tiene nombre de Dios y alma de pena.

2

¡Qué dulce y blanda ilusión
me estaba, amor, trabajando
las minas del corazón!

Cuando le llegaba al centro,
se fue acabando, acabando.
Me dejó un dolor por dentro...
¡Éste sí que es dulce y blando!

3

Al recobrar mi unidad
-amor y ciencia en concierto-
todo lo que estaba muerto
se me ha vuelto actividad.

¡Qué infinita inmensidad,
qué inesperada extensión,
corren tras la posesión
plena y feliz de lo Uno,
galopando de consuno
mi mente y mi corazón!

4

No es tu rigor, tu bondad
es la que me hace temer:
pues me obliga a responder
caridad con caridad.

Fueras duro y la piedad
venciera mi corazón.
Me das menor ocasión
abierto que riguroso:
porque eres tan generoso
que no merezco perdón.

SOLEDAD EN LA MUERTE

Hay que morir sin compañía...

esposa mía y compañera:
tuya es mi vida toda entera,
¡pero mi muerte es sólo mía!

Toda la gracia del vivir
te di con mano generosa:
pero el cogollo de la rosa
no lo podemos compartir.

Tienes la vida y la verdad
del compañero y del amigo.
Pero aquel día... ¡yo conmigo
en mi infinita soledad!

Dos almas tienen sólo un Dios
y dos estrellas sólo un Cielo.
Dos vidas viven un anhelo.
¡Pero no hay muertes para dos!

Por esa puerta no entrarás,
en esa senda no serás
ya mi consuelo y mi maestra.
Toda mi vida ha sido nuestra.
¡Mi muerte es mía, nada más!

ESPOSA

1

Porque Dios me la dio, yo puedo en ella
querer, una por una, cada estrella
y una por una, cada flor.

Dios me la dio porque sabía
que me bastaba para el verso:
Dios me la dio con toda la poesía
de todo el Universo.

Porque yo estaba hambriento y triste
de una Totalidad que presentía,
Señor, Tú me la diste
hecha la paz entre ella y la Armonía.

Puedes amarla -me dijiste-
puedes amarla en orden y alegría:
puedes buscarla en todos los colores;
puedes hallarla en toda la presencia;
con la gracia del sol y su licencia,

con el aplauso de los ruiseñores.

Por la alta paz de su mirada bella,
Señor, has quietado la querrela
del orden y el amor en que ardía,

Señor: ¡gracias por ella!
¡y en ella, gracias por la luz del día!

2

Gracias, Señor:
porque a tu palabra viva
le has dado forma de amor.

No el trueno: no la voz fiera
de la borrasca bravía.
Tomaste por mensajera
de tu Verdad, la Alegría.

¡Con cuánta ternura labras,
labrador, tus heredades!
Vestidas de caridades
me han llegado tus palabras.

Forma de huracán pudiste
dar, Señor, al grave peso
de tu doctrina: ¡y quisiste
que me llegara en un beso!

¡Bendita voz firme y clara;
mensaje de mi deber,
que porque no me asustara
tomó forma de mujer!

3

Mujer mía: centinela
de mi hogar; luz y sagrario...
Yo he sido el viento contrario
en esa paz de tu vela.

Mañana, ya hecha de olvidos
otra paz al corazón,
la Vela y el viento unidos...
¡qué canción!

Mi hogar limpio, como el Arca
de Dios, entre el oleaje...

¡Todo cítara el cordaje!
¡Toda promesas la barca!

EL VIATICO (Andaluza)

Enjamás podré olvidarlo mientras viva,
que estas cosas se nos meten en el alma,
como manos que la ajogan,
como espinas que la arañan...

Entoavía, recordándolo, parece
que me viene a las entrañas
aquel frío que esa noche
jasta dentro me calaba;
ese frío de los cuerpos derrengaos
al llegá la madrugada,
ese frío que se mete por los güesos,
ese frío del que está junto a una cama
una noche y otra noche,
sin descanso ni esperanza,
y mirando que se va de entre las manos
un pedazo de su alma;
ese frío que es cansancio y que es disgusto
que nos jiela y que nos mata...
¡Ese frío de las penas
que parece que es del cuerpo... y es del alma!

Me parece que lo veo: aquella noche
tos andaban
de puntillas, como sombras misteriosas,
y venían y vorvían, y la casa
era toda un jervidero de murmurios,
y de pasos de fantasmas,
y de llantos y sollozos conteníos,
y de avisos, y atropellos, y mudanzas,
y un run-run de cuchicheos
en voz baja.

Y entre tos los cuchicheos y murmurios
las mesmísimas palabras,
el mesmísimo estribillo,
la mesmísima cantata;
unas voces que decían por lo bajo:
Se nos muere... Se nos muere... ¡Está mu mala!»

Y de pronto un rebullicio
que se arma,
y unas voces: «¡ Que ya vienen por la esquina! »
... ¡Enjamás podré orvidar esas palabras!...

Y al llegó Su Magestá... ¡Si me parece
que lo veo con los ojos de la cara!
Era noche sin estrellas y sin luna;
era el viento de tormenta; lloviznaba...,
y de pronto todo el mundo se arrodilla
y se escucha... -¡daba miedo de escucharla!...-
el tilín de la campana del monago,
que decía que llegaban,
y al par de ello, como el rezo de los frailes,
un murmurio de latines y plegarias,
y el bullí de toa la gente que venía,
y el soná de las pisadas
en los charcos de la calle,
sobre el agua...

Y se empieza a colá gente
dentro e casa...
¡Qué de gente la quería!..
¡Jasta entonces yo no vi que era una santa!

¡Qué momento inorvidable!
¡Parecía que soñaba!
¡Y aún agora me parece que lo sueño
en ca vez que mi consencia lo repasa!...
El bullir y arrempujarse de la gente,
el rezar entre suspiros las beatas,
el oló de tanta cera al derretirse,
el caló de tanta gente arrebujaada
y aquel brillo tan borroso que tenían
los faroles y las llamas
al mirarlos por enmedio
de mis lágrimas...

Y por cima de estas cosas
las palabras
que decía, respondiendo al señó cura,
la santica de mi alma...

¡Y lo mansa y resigná que las decía!
¡Y la pena que me daba
al mirar como un clavel amoratao
la boquita de mi santa,
la boquita de mis besos y mis glorias,

que era un cacho de mi alma!

Y después el alejarse el rebullicio,
lo mesmito que las olas cuando bajan,
y el perderse en la revuelta de la esquina
el tilín de la campana,
y el murmurio del gentío,
y el soná de las pisadas
en los charcos de la calle,
sobre el agua...

Señó güeno, que llamaste aquella noche
a mi puerta pa llevártela;
Señó güeno, güerve pronto pa librarme
de esta pena que me ajoga y que me mata,
pa llevarme al lado suyo, Señó güeno,
al ladito de aquel cacho de mi alma...
Y si al lado no pué sé porque en la Gloria
no se armiten pecaores junto a santas,
¡aparéjame a lo menos un sitico
a la vera de la puerta, pa mirarla!

MEDITACIONES *

SER

No le pidas a la rosa
razones de su hermosura,
ni preguntes a la altura
el porqué de cada cosa.

Toda cosa triste, hermosa,
exacta, incompleta o fea,
verdad, sueño, anhelo, idea,
es brasa de un incensario;
letra de un abecedario
que sólo Dios deletrea.

No te pongas a escarbar
en el motivo primero:
somos flores de un florero
y lámparas de un altar.

Dios nos hizo por gozar
de Sí mismo la victoria.
¡Esconde, Ser, la memoria
y el pensamiento en su manto,

con un anhelo de canto
y una voluntad de Gloria!
Toda en su sola presencia
cada cosa se resume:
basta con este perfume
que es nuestra misma existencia.

No quieras saber más ciencia
que esta ciencia del correr,
sin afanes de saber
ni inquietudes de llegar,
¿qué más destino que estar?,
¿qué más oficio que ser?

EL CUERPO PRESIENTE SU GLORIA

Cuerpo: ¿no sientes la florida
seguridad de tu resurrección?

¿No sientes tu futura
hermandad con los vientos y las aguas:
y en los cinco capullos del sentido no adviertes
plenitudes de flor?

Como duerme callada
en la oscura humedad de los toneles
la flor morada de los vinos dulces,
¿no duerme en ti una cierta
y presentida exaltación?

¿No llevas un temblor de danza y salto
a flor de piel, como los cuernecillos
de un sátiro, incipientes,
bajo el sol?

Cuerpo mío, regálate en la cierta
seguridad de tu resurrección.

Cuando tengas las nubes por alfombra,
y no lastime tu pupila el Sol,
fácil, ligero, claro, luminoso,
serás hermano de las cañas verdes
que los vientos deshacen en rumor.

ORACIÓN

Yo sé que estás conmigo, porque todas
las cosas se me han vuelto claridad:
porque tengo la sed y el agua juntas
en el jardín de mi sereno afán.

Yo Sé que estás conmigo, porque he visto
en las cosas tu sombra, que es la paz;
y se me han aclarado las razones
de los hechos humildes, y el andar
por el camino blanco, se me ha hecho
un ejercicio de felicidad.

No he sido arrebatado sobre nubes
ni he sentido tu voz, ni me he salido
del prado verde donde suelo andar...
¡otra vez, como ayer, te he conocido
por la manera de partir el pan!

SALMO DE PASIÓN Y DOLOR

Militia est vita hominis super terram... (Job 7, 1)

¡No más, no más! Hasta tus plantas vengo
a pedirte, Señor, de paz y calma,
una limosna por piedad... ¡que tengo
florecidas en dolores toda el alma!

¡No más, Señor, no más! Con fe sincera,
cuanto quieras de mí vengo a ofrecerte...
¡Pero aparta tu mano justiciera,
que temo no saber ser grande y fuerte
como serlo, Señor, por Ti quisiera!

Mide con mis flaquezas mis pesares;
mira que, de pasiones acosada,
sangrando tengo el alma torturada,
cual racimo de viña en los lagares.

Mi carne es carne de dolor. Mi vida
es árbol engendrado en tierra maldecida,
y llevo en ella el germen del pecado...
¡Y hasta el águila altiva, que se encierra
en esta carne del dolor nacida,
hecha de limo y tierra,
y en su entraña roída
por un enjambre de pasiones malas;

hasta el águila altiva, hija del cielo,
cuando quiso, Señor, alzar su vuelo,
chocó en la carne y se quebró las alas!

¡No me pruebes ya más! Con ansias locas
me llama con su vértigo el abismo;
estas carnes, Señor, no son de rocas;
la pasión es febril, las fuerzas pocas...,
¡y tengo a veces miedo de mí mismo!

¡No me pruebes ya más! ¡No se me clave
más adentro este dardo despiadado!...
¡Mira que está mi corazón cuitado
aprendiendo a volar.... pero aún no sabe!

No seas para mí, Dios justiciero,
el Dios terrible y fiero
que sus plantas asienta
sobre los truenos y los rayos... Mira
que es la carne muy flaca, y se amedrenta
de la voz tronadora de tu ira,
recia como el bramar de la tormenta.

¡Sé para mí, Señor, el Dios que llena
las almas de quietud y de alegría!
¡Sé el Dios clemente de mirada buena!
¡Sé mi luz y mi guía!...
¡Tú, Dios de amor, que nunca desamparas
a los pobres llagados peregrinos!
¡Tú, el Dios de los arroyos cristalinos,
del cielo puro y las auroras claras!

Pero no, Dios de Amor... ¿Para qué trato
de apagar esta hoguera que en mí arde?
¡Quien no sabe sufrir es un cobarde!
¡Quien no sufre de amor es un ingrato!

Toma, Señor, puesto que así lo ordenas,
ésta que es vida de dolor... ¡Mis brazos,
puestos en cruz, aguardan ya tus penas!
¡Aprieta ya tus garfios y cadenas!
¡Aquí tienes mi carne hecha pedazos!

Vengan, sí, las pasiones en tropeles,
y en mis carnes, llagadas y sangrantes,
levántense sus ímpetus crueles,
cual levantan al viento los lebreles
sus húmedos hocicos anhelantes!

Yo las sabré domar. Sereno y bravo,
yo sabré resistir su empuje recio.
Hijo soy de la Luz, y las desprecio...
¡Nací muy noble para ser esclavo!

¡Arránquenme, Señor, a dentelladas,
florecida en dolor, la carne vieja,
y al resistir sus iras desatadas,
no profiera mi labio ni una queja,
y haya mi rostro, en el dolor curtido,
tan dulce paz y tan serena calma,
que no adviertan las gentes el ladrido
de estos fieros lebreles de mi alma!

¡Que parezcan, Señor, mis llagas flores!
¡Que mis locos impulsos bramadores
parezcan mansas y serenas brisas!
¡Que en mis labios florezcan las sonrisas
a la par que en mi pecho los dolores!

¡Que, despreciando este mezquino suelo,
corra, Señor, hacia la fuente viva
en donde están el descanso y el consuelo,
como corre en el prado el arroyuelo,
que abajo es fango y suciedad, y arriba
corriente mansa que refleja el cielo!

Aquí me tienes, pues. Firme y sereno,
me gozaré en pensar, pues por Ti peno;
y aunque mi carne toda destrozaras,
Tú serás siempre para mí el Dios bueno...

¡Tú, el que no desamparas
jamás a los llagados peregrinos!...
¡Tú, el Dios de los arroyos cristalinos,
del cielo puro y las auroras claras!.

RESIGNACIÓN

A la bendita memoria de mi padre

¡Bendito seas, Señor,
por Tu infinita bondad;
porque pones con amor
sobre espinas de dolor
rosas de conformidad!

¡Qué triste es mi caminar!...
Llevo en el pecho escondido
un gemido de pesar,
y en mis labios un cantar
para esconder mi gemido.

Mi poesía soñadora
es agua murmuradora
de corriente mansa y grave,
que al murmurar no se sabe
si es que canta o es que llora.

Y es que temiendo, Señor,
que este mundo burlador
se burle de mis pesares,
voy ahogando entre cantares
los ayes de mi dolor.

No quiero que en mi cantar
mi pena se transparente;
quiero sufrir y callar,
no quiero dar a la gente
migajas de mi pesar...

Tú sólo, Dios y Señor,
Tú, que por amor me hieres;
Tú, que con inmenso amor,
pruebas con mayor dolor
a las almas que más quieres,

Tú sólo lo has de saber;
que sólo quiero contar
mi secreto padecer
a quien lo ha de comprender
y lo puede consolar.

¡Bendito seas, Señor,
por Tu infinita bondad,
porque pones con amor,
sobre espinas de dolor,
rosas de conformidad!...

Será el dolor que viniere
en buen hora recibido.
Venga, pues que Dios lo quiere
¿Qué me importa verme herido
si es mi Dios el que me hiere?

Yo no me quejo, Señor;
yo sé que es goce el dolor
si se sufre por amar,
y el padecer es gozar
si se padece de amor.

Sé que para el peregrino
que gusta el placer divino
de padecer por amores,
las espinas del camino
se van convirtiendo en flores.

Yo no me quejo, Señor;
yo quiero el alma tener
lacerada de dolor,
que el padecer por amor
es muy dulce padecer.

Yo quiero sufrir, Señor;
quiero por amor gozar
la dulzura del dolor;
quiero hacer mi vida altar
de un sacrificio de amor.

Vivir sin penas de amores
es triste vivir sombrío,
como el del agua de un río
que, sin árboles ni flores,
va por un campo baldío.

Vida, la falsa alegría
yo no te envidio, que el día
que fuere mi vida así
temblando de horror diría:
¡Dios se ha olvidado de mí!

No huyáis penas y dolores
con flaqueza de cobarde,
ni busquéis falsos amores,
que mueren, como las flores,
en el morir de la tarde.

Saber sufrir y tener
el alma recia y curtida
es lo que importa saber;
la ciencia de padecer,
es la ciencia de la vida.

No hay como saber sufrir
con entereza el dolor
para saber combatir,
que el dolor es la mejor
enseñanza del vivir.

Él ayuda con su mano
las empresas duraderas
del vivir fecundo y sano,
él sabe aventar del grano
la suciedad de las eras.

Él nos enseña a tener
siempre el alma apercebida
y a esperar y no temer
y a dar su justo valer
a las cosas de la vida.

Nos enseña a caminar
por la vida y a luchar
con ánimo bien templado
para no desesperar
ni esperar demasiado.

Es saludable lección
para las necias pasiones;
cauterio del corazón,
freno de las tentaciones
y escuela de perfección.

Por eso, Dios y Señor,
porque por amor me hieres,
porque con inmenso amor
pruebas con mayor dolor
a las almas que más quieres;

porque sufrir es curar
las llagas del corazón;
porque sé que me has de dar
consuelo y resignación
a medida del pesar;

por tu bondad y tu amor,
porque lo mandas y quieres,
porque es tuyo mi dolor...
¡bendita sea, Señor,
la mano con que me hieres!

JOSÉ MARÍA RIVAS GROOT

(Colombia, 1865 - 1923)

¿QUÉ ES DOLOR?

¿Preguntas qué es dolor?... Un viejo amigo
inspirador de mis profundas quejas,
que se halla ausente cuando estás conmigo,
que está conmigo cuando tú te alejas.

CLAUDIO RODRÍGUEZ

GESTOS

Una mirada, un gesto,
cambiarán nuestra raza. Cuando actúa mi mano,
tan sin entendimiento y sin gobierno,
pero con errabunda resonancia,
y sondea, buscando
calor y compañía en este espacio
en donde tantas otras
han vibrado, ¿qué quiere
decir? Cuántos y cuántos gestos como
un sueño mañanero,
pasaron. Como esa
casera mueca de las figurillas
de la baraja: aunque
dejando herida o beso, sólo azar entrañable.

Más luminoso aún que la palabra,
nuestro ademán, como ella
roído por el tiempo, viejo como la orilla
del río, ¿qué
significa?
¿Por qué desplaza el mismo aire el gesto
de la entrega o del robo,
el que cierra una puerta o el que la abre,
el que da luz o apaga?
¿Por qué es el mismo el giro del brazo cuando siembra
que cuando siega,
el de amor que el de asesinato?

Nosotros, tan gesteros pero tan poco alegres,
raza que sólo supo
tejer banderas, raza de desfiles,
de fantasías y de dinastías,
hagamos otras señas.
No he de leer en cada palma, en cada
movimiento, como antes. No puedo ahora frenar
la rotación inmensa del abrazo
para medir su órbita
y recorrer su emocionada curva.

No, no son tiempos
de mirar con nostalgia
esa estela infinita del paso de los hombres.
Hay mucho que olvidar
y más aún que esperar. Tan silencioso
como el vuelo del búho, un gesto claro,
de sencillo bautizo,
dirá, en un aire nuevo,
su nueva significación, su nuevo
uso. Yo solo, si es posible,
pido, cuando me llegue la hora mala,
la hora de echar de menos tantos gestos queridos,
tener fuerza, encontrarlos
como quien halla un fósil
(acaso una quijada aún con el beso trémulo)
de una raza extinguida.

WISLAWA SZYMBORSKA.

Polonia, Premio Nobel de Literatura 1996

ANUNCIOS POR PALABRAS

Del libro "Llamada al Yeti" 1957.

CUALQUIERA que conozca el paradero
de la compasión (fantasía del alma)
- ¡que avise!, ¡que avise!
Que lo cante a voz en grito
y baile como si perdiera la razón
jubiloso bajo el frágil sauce

eternamente a punto de romper en llanto

ENSEÑO a callar
en todos los idiomas
según el método de contemplar
el cielo estrellado,
las quijadas del sinantropus,
el plancton,
el copo de nieve

.....

SE BUSCA persona
para llorar
por los ancianos que en los asilos
mueren. Sírvanse
presentarse sin referencias
ni solicitudes por escrito.
Los papeles serán destruidos
sin acuse de recibo

NOTICIAS DEL HOSPITAL

(del libro "¡Qué alegría más grande!, 1967)

Echamos a suertes quién debía ir a verlo.
Me tocó a mí. Me levanté de la mesa.
Se acercaban ya las horas de visita al hospital

No respondió nada a mi saludo.
Quería cogerle de la mano, la apartó
como un perro hambriento que no suelta su hueso.

Parecía como si le diera vergüenza morir.
No sé de qué se habla con alguien como él.
Nuestras miradas se evitaban como en un fotomontaje.

No dijo ni quédate, ni vete.
No preguntó por nadie de los de nuestra mesa.
Ni por ti, Juancho, ni por ti, Moncho, ni por ti, Pancho

Empezó a dolerme la cabeza. ¿Quién se le muere a quién?
Exalté la medicina y las tres lilas del vaso.
Hablé del sol y fui apagándome.

Qué bien que haya peldaños para salir corriendo.
Qué bien que haya una puerta para poder abrirla.
Qué bien que me esperéis en esta mesa.

El olor a hospital me provoca nauseas..

EDITH SÖDERGRAN

(Suecia)

BUSCABAS UNA FLOR

Buscabas una flor
y hallaste un fruto.
Buscabas una fuente
y hallaste un mar.
Buscabas una mujer
y hallaste un alma.
¡Estás desencantado!

SANTA TERESA DE JESÚS (1515-1582)

VIVO SIN VIVIR EN MÍ

Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.

Vivo ya fuera de mí,
después que muero de amor,
porque vivo en el Señor,
que me quiso para sí.
Cuando el corazón le di
puso en él este letrero:
Que muero porque no muero.

Aquesta divina unión
del amor en que yo vivo,
ha hecho a Dios mi cautivo
y libre mi corazón.
Y causa en mí tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.

¡Ay qué vida tan amarga,
do no se goza el Señor!,
porque, si es dulce el amor,
no lo es la espera larga.
Quíteme Dios esta carga,
más pesada que el acero,

que muero porque no muero.

Sólo con la confianza vivo
de que he de morir,
porque, muriendo, el vivir
me asegura mi esperanza.
Muerte, do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,
que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte:
vida, no me seas molesta;
mira que sólo te resta,
para ganarte, perderte.
Venga ya la dulce muerte,
venga el morir muy ligero,
que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba,
que es la vida verdadera,
hasta que esta vida muera,
no se goza estando viva.
Muerte, no me seas esquiva;
viva muriendo primero,
que muero porque o muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle,
a mi Dios que vive en mí,
si no es perderte a ti,
para mejor a Él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
pues a Él solo es al que quiero:
Que muero porque no muero.

VUESTRA SOY, PARA VOS NACI

Vuestra soy, para Vos nací:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Soberana majestad,
eterna sabiduría,
bondad buena al alma mía;
Dios, alteza, un ser, bondad:
La gran vileza mirad,
que hoy os canta amor así:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Vuestra soy, pues me criasteis,
vuestra, pues me redimisteis,
vuestra, pues que me sufristeis,
vuestra, pues que me llamasteis.
Vuestra, porque me esperasteis,
vuestra, pues no me perdí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

¿Qué mandáis, pues, buen Señor,
que haga tan vil criado?
¿Cuál oficio le habéis dado
a este esclavo pecador?
Veisme aquí, mi dulce amor,
amor dulce, veisme aquí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Veis aquí mi corazón,
yo le pongo en vuestra palma:
mi cuerpo, mi vida y alma,
mis entrañas y afición.
Dulce esposo y redención,
pues por vuestra me ofrecí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme muerte, dadme vida;
dad salud o enfermedad,
honra o deshonra me dad;
dadme guerra o paz crecida,
flaqueza o fuerza cumplida,
que a todo digo que sí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme riqueza o pobreza,
dad consuelo o desconsuelo,
dadme alegría o tristeza,
dadme infierno o dadme cielo,
vida dulce, sol sin velo:
pues del todo me rendí,
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis, dadme oración;
si no, dadme sequedad,
si abundancia y devoción,
y si no esterilidad.
Soberana majestad,
sólo hallo paz aquí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme, pues, sabiduría,

o, por amor, ignorancia;
dadme años de abundancia,
o de hambre y carestía.
Dad tiniebla o claro día,
revolvedme aquí y allí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis que esté holgando
quiero por amor holgar;
si me mandáis trabajar,
morir quiero trabajando:
decid dónde, cómo y cuándo,
decid dulce amor, decid:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme Calvario o Tabor,
desierto o tierra abundosa;
sea Job en el dolor,
o Juan que al pecho reposa;
sea viña fructuosa,
o estéril, si cumple así:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Sea José puesto en cadena,
o de Egipto adelantado,
o David sufriendo pena,
o ya David encumbrado.
Sea Jonás anegado,
o libertad de allí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Haga fruto o no lo haga,
esté callado o hablando,
muéstreme la ley mi llaga,
goce de evangelio blando;
esté penando o gozando,
sólo Vos en mí vivid.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Vuestra soy, para Vos nació:
¿Qué mandáis hacer de mí?

NADA TE TURBE,
nada te espante;
todo se pasa,
Dios no se muda.
La paciencia

todo lo alcanza.
Quien a Dios tiene
nada le falta.
Sólo Dios basta.

VÉANTE MIS OJOS

Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno;
véante mis ojos,
muérame yo luego.

Vea quien quisiere
rosas y azmines
que, si yo te viere,
veré mil jardines.
Flor de serafines,
Jesús Nazareno,
véante mis ojos,
muérame yo luego.

No quiero contentos,
mi Jesús ausente,
que todo es tormento
a quien esto siente.
Sólo me sustente
tu amor y deseo.
Véante mis ojos,
muérame yo luego.

Ven, dueño querido,
rey de mis amores,
que ya han florecido
del huerto las flores.
Ya de mil colores
guirnaldas ha hecho.
Véante mis ojos,
muérame yo luego.

MIGUEL DE UNAMUNO

LA HORA DE DIOS

Ya estás sola con Dios, alma afligida,
su silencio amoroso, que te escucha,
te dice: ¡Corazón, viértete todo,
vuelve a tu fuente!

¿Qué tienes que decirle? ¡Vamos, habla!
Confiésate, confiésale tu angustia,
dile el dolor de ser, ¡cosa terrible!,
siempre tú mismo.

¡Oh, Señor, mi Señor; no, nunca, nunca!
¿Qué es ante ti verdad? ¿Cómo saberlo?
¡Mejor que yo tú me conoces, sabes
tú mi congoja!

Si intentara mostrarte mis entrañas
mentiría, Señor, aun sin quererlo,
a tu silencio es el silencio sólo
debida ofrenda.

¡Soy culpable, Señor, no sé mi culpa;
soy miserable esclavo de mis obras;
no sé qué hacer de esta mi pobre vida;
tu voz espero!

¡Habla, Señor, rompa tu boca eterna
el sello del misterio con que callas,
dame una señal, Señor, dame la mano,
dime el camino!

Voy, perdido, Señor, ¿cómo encontrarte?
De tu mano el castigo es quien me enseña
que pequé, mas ¿en qué, dime en qué estriba,
Señor, mi culpa?

Soy culpable, lo sé, mas no conozco
la culpa que me aflige y a qué debo
este castigo tuyo que bendigo
por ser mi vida.

Merezco este dolor que como Padre
me mandas como a un hijo a quien deseas
hacer con los dolores todo un hombre,
todo un hijo tuyo.

Acepto este dolor por merecido,
mi culpa reconozco, pero dime,
dime, Señor, Señor de vida y muerte,
¿cuál es mi culpa?

Sí, yo pequé, Señor, te lo confieso,
culpable tu castigo me revela,

mi vida sin sufrir ya no es mi vida,
mas..., ¿por qué sufro?

Sufro el castigo de mi culpa y callo,
pero mira, Señor, ve cómo lloro;
¡de conocer la culpa del castigo
dame el consuelo!

¡Es tu hora, Señor, sobre la frente
del mundo se levanta silenciosa
la estrella del Destino derramando
lumbre de vida!

LA ORACIÓN DEL ATEO

Oye mi ruego Tú, Dios que no existes,
y en tu nada recoge estas mis quejas,
Tú que a los pobres hombres nunca dejas
sin consuelo de engaño. No resistes
a nuestro ruego y nuestro anhelo vistas.
Cuando Tú de mi mente más te alejas,
más recuerdo las plácidas consejas
con que mi ama endulzóme noches tristes.
¡Qué grande eres, mi Dios! Eres tan grande
que no eres sino Idea; es muy angosta
la realidad por mucho que se expande
para abarcarte. Sufro yo a tu costa,
Dios no existente, pues si Tú existieras
existiría yo también de veras.

AL NIÑO ENFERMO

*Duerme, niño chiquito
que viene el Coco
a llevarse a los niños
que duermen poco.*

Duerme, flor de mi vida,
duerme tranquilo
,que es del dolor el sueño
tu único asilo.

Duerme, mi pobre niño,
goza sin duelo
lo que te da la Muerte
como consuelo.

Como consuelo y prenda
de su cariño,
de que te quiere mucho
mi pobre niño.

Pronto vendrá con ansia
de recojerte
la que te quiere tanto
la dulce Muerte.

Dormirás en sus brazos
el sueño eterno
y para ti, mi niño,
no habrá ya invierno.

No habrá invierno ni nieve,
mi flor tronchada;
te cantará en silencio
dulce tonada.

¡Oh, qué triste sonrisa
riza tu boca!...
Tu corazón acaso
su mano toca.

¡Oh, qué sonrisa triste
tu boca riza!
¿Qué es lo que en sueños
dices a tu nodriza?

A tu nodriza eterna
siempre piadosa,
la Tierra en que en paz
santa todo reposa.

Cuando el sol se levante,
mi pobre estrella,
derretida en el alba te irás con ella.

Morirás con la aurora,
flor de la muerte;
te rechaza la vida,
¡qué hermosa suerte!

El sueño que no acaba
duerme tranquilo,
que es del dolor la muerte

tu único asilo.

EL CRISTO DE VELÁZQUEZ

ORACION FINAL

Tú que callas, ¡oh Cristo!, para oírnos,
oye de nuestros pechos los sollozos;
acoge nuestras quejas, los gemidos
de este valle de lágrimas. Clamamos
a Ti, Cristo Jesús, desde la sima
de nuestro abismo de miseria humana,
y Tú, de humanidad la blanca cumbre,
danos las aguas de tus nieves. Aguila
blanca que abarcas al volar el cielo,
te pedimos tu sangre; a Ti, la viña,
el vino que consuela al embriagarnos;
a Ti, Luna de Dios, la dulce lumbre
que en la noche nos dice que el Sol vive
y nos espera; a Ti, columna fuerte,
sostén en que posar; a Ti, Hostia Santa,
te pedimos el pan de nuestro viaje
por Dios, limosna; te pedimos
a Ti, Cordero del Señor que lavas
los pecados del mundo, el vellocino
del oro de tu sangre; te pedimos
a Ti, la rosa del zarzal bravío,
la luz que no se gasta, la que enseña
cómo Dios es quien es; a Ti, que el ánfora
del divino licor, que el néctar pongas
de eternidad en nuestros corazones.
Te pedimos, Señor, que nuestras vidas
tejas de Dios en la celeste túnica,
sobre el telar de vida eterna. Déjanos
nuestra sudada fe, que es frágil nido
de aladas esperanzas que gorjean
cantos de vida eterna, entre tus brazos,
las alas del Espíritu que flota
sobre el haz de las aguas tenebrosas,
guarecer a la sombra de tu frente.
Ven y ve, mi Señor: mi seno hiede;
ve cómo yo, a quien quieres, adolezco;
Tú eres resurrección y luego vida:
¡llámame a Ti, tu amigo, como a Lázaro!
Llévanos Tú, el espejo, a que veamos
frente a frente a tu Sol y a conocerle
tal como El por su parte nos conoce;

con nuestros ojos-tierra a ver su lumbre
y cual un compañero cara a cara
como a Moisés nos hable, y boca a boca.
¡Tráenos el reino de tu Padre, Cristo,
que es el reino de Dios reino del Hombre!
Danos vida, Jesús, que es llamada
que calienta y alumbra y que al pábilo
en vasija encerrado se sujeta;
vida que es llama, que en el tiempo vive
y en ondas, como el río, se sucede.
Los hombres con justicia nos morimos;
mas Tú sin merecerlo te moriste
de puro amor, Cordero sin mancha,
y estando ya en tu reino, de nosotros
acuérdate. Que no como en los aires
el humo de la leña, nos perdamos
sin asiento, de paso; ¡mas recógenos
y con tus manos lleva nuestras almas
al silo de tu Padre, y allí aguarden
el día que haga pan del Universo,
yeldado por tu cuerpo, y alimento
con él sus últimas eternidades!
Avanzamos, Señor, menesterosos,
las almas en guiñapos harapientos,
cual bálago en las eras – remolino
cuando sopla sobre él la ventolera –,
apiñados por tromba tempestuosa
de arrecidas negruras; ¡haz que brille
tu blancura, ¡albegue de la bóveda
de la infinita casa de tu Padre
– hogar de eternidad –, sobre el sendero
de nuestra marcha y esperanza sólida
sobre nosotros mientras haya Dios!
De pie y con los brazos bien abiertos
y extendida la diestra a no secarse,
haznos cruzar la vida pedregosa
– repecho de Calvario – sostenidos
del deber por los clavos, y muramos
de pie, cual Tú, y abiertos bien de brazos,
y como Tú, subamos a la gloria
de pie, para que Dios de pie nos hable
y con los brazos extendidos. ¡Dame,
Señor, que cuando al fin vaya perdido
a salir de esta noche tenebrosa
en que soñando el corazón se acorcha,
me entre en el claro día que no acaba,
fijos mis ojos de tu blanco cuerpo,
Hijo del Hombre, Humanidad completa,

en la increada luz que nunca muere;
mis ojos fijos en tus ojos, Cristo,
mi mirada anegada en Ti, Señor!

VIDA Y MUERTE

Vino a la vida, para que la Vida
pudiera darnos *vida* con su Muerte;
y para que, lo que antes era vida,
fuera más *muerte* que la misma muerte.

Vino a la vida, para que la muerte
dejara de vivir en nuestra *vida*;
y para que, lo que antes era muerte,
fuera más *vida* que la misma vida.

Desde entonces, la vida es tanta *vida*
y la muerte de ayer tan poca *muerte*,
que si a la vida le faltara *vida*

y a nuestra muerte le sobrara *muerte*,
con esta vida nos daría *vida*,
para dar *muerte* al resto de la muerte.

CESAR VALLEJO

HAY GOLPES

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... ¡Yo no sé!
Son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.
Son las caídas hondas de los Cristos del alma
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.
Y el hombre... Pobre... ¡pobre! Vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como charco de culpa, en la mirada.
Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!

Al fin de la batalla,
y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre
y le dijo: «¡No mueras, te amo tanto!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.
Se le acercaron dos y repitiéronle:
«¡No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.
Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,
clamando «¡Tanto amor y no poder nada contra la muerte!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.
Le rodearon millones de individuos,
con un ruego común: «¡Quédate hermano!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.
Entonces todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;
incorporóse lentamente,
abrazó al primer hombre; echóse a andar...

ANTOINE DE SAINT EXUPERY

EL PRINCIPITO

Cap. XXI

Entonces apareció el zorro.

Buenos días -dijo el zorro.

- Buenos días -respondió cortésmente el principito, que se dio vuelta, pero no vio nada.

- Estoy acá -dijo la voz- bajo el manzano...

-¿Quién eres? -dijo el principito-. Eres muy lindo...

- Soy un zorro -dijo el zorro.

- Ven a jugar conmigo -le propuso el principito. ¡Estoy tan triste!

- No puedo jugar contigo -dijo el zorro-. No estoy domesticado.

- ¡Ah! Perdón -dijo el principito.

Pero, después de reflexionar, agregó:

- ¿Qué significa «domesticar»?

- No eres de aquí -dijo el zorro-. ¿Qué buscas?

- Busco a los hombres -dijo el principito. ¿Qué significa «domesticar»?

- Los hombres -dijo el zorro- tienen fusiles y cazan. Es muy molesto. También crían gallinas. Es su único interés. ¿Buscas gallinas?

- No -dijo el principito-. Busco amigos. ¿Qué significa «domesticar»?

- Es una cosa demasiado olvidada -dijo el zorro. Significa «crear lazos».

-¿Crear lazos?

- Sí -dijo el zorro-. Para mí no eres todavía más que un muchachito semejante a cien mil muchachitos. Y no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. No soy para ti más que

un zorro semejante a cien mil zorros. Pero, si me domesticas, tendremos necesidad el uno del otro. Serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo...

- Empiezo a comprender -dijo el principito-. Hay una flor.. Creo que me ha domesticado...

- Es posible -dijo el zorro-. ¡En la Tierra se ve toda clase de cosas ... !

- ¡Oh! No es en la Tierra -dijo el principito. El zorro pareció muy intrigado:

- ¿En otro planeta?

- Sí.

-¿Hay cazadores en ese planeta? -No.

- ¡Es interesante eso! ¿Y gallinas? -No.

- No hay nada perfecto -suspiró el zorro. Pero el zorro volvió a su idea:

- Mi vida es monótona. Cazo gallinas, los hombres me cazan. Todas las gallinas se parecen y todos los hombres se parecen. Me aburro, pues, un poco. Pero, si me domesticas, mi vida se llenará de sol. Conoceré un ruido de pasos que será diferente de todos los otros. Los otros pasos me hacen esconder bajo la tierra. El tuyo me llamará fuera de la madriguera, como una música. Y además) ¡mira! ¿Ves, allá, los campos de trigo? Yo no como pan. Para mí el trigo es inútil. Los campos de trigo no me recuerdan nada. ¡Es

bien triste! Pero tú tienes cabellos color de oro. Cuando me hayas domesticado, ¡será maravilloso!

El trigo dorado será un recuerdo de ti. Y amaré el ruido del viento en el trigo...

El zorro calló y miró largo tiempo al principito:

- ¡Por favor. domesticame! -dijo.

- Bien lo quisiera -respondió el principito- pero no tengo mucho tiempo. Tengo que encontrar amigos y conocer muchas cosas.

- Sólo se conocen las cosas que se domestican dijo el zorro-. Los hombres ya no tienen tiempo de conocer nada. Compran cosas hechas a los mercaderes. Pero como no existen mercaderes de amigos, los hombres ya no tienen amigos. Si quieres un amigo, ¡domesticame!

-¿Qué hay que hacer? -dijo el principito.

- Hay que ser muy paciente -respondió el zorro. Te sentarás al principio un poco lejos de mí, así, en la hierba. Te miraré de reojo y no dirás nada. La palabra es fuente de malentendidos Pero, cada día, podrás sentarte un poco más cerca...

El principito se fue a ver nuevamente a las rosas:

- No sois en absoluto parecidas a mi rosa: no sois nada aún -les dijo-. Nadie os ha domesticado y no habéis domesticado a nadie. Sois como era mi zorro. No era más que un zorro semejante a cien mil otros. Pero yo le hice mi amigo y ahora es único en el mundo.

Y las rosas se sintieron bien molestas.

- Sois bellas, pero estáis vacías -les dijo todavía-. No se puede morir por vosotras. Sin duda que un transeúnte común creará que mi rosa se os parece. Pero ella sola es más importante que todas vosotras, puesto que es ella la rosa a quien he regado. Puesto que es ella la rosa a quien puse bajo un globo. Puesto que es ella la rosa a quien abrigué con el biombo. Puesto que es ella la rosa cuyas orugas maté (salvo las dos o tres que se hicieron mariposas). Puesto que es ella la rosa a quien escuché quejarse, o alabarse, o aun, algunas veces, callarse. Puesto que ella es mi rosa.

Y volvió hacia el zorro:

- Adiós -dijo.

- Adiós -dijo el zorro-. He aquí mi secreto. Es muy simple: no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.
- Lo esencial es invisible a los ojos -repitió el principito, a fin de acordarse.
- El tiempo que perdiste por tu rosa hace que tu rosa sea tan importante.
- El tiempo que perdí por mi rosa... -dijo el principito, a fin de acordarse.
- Los hombres han olvidado esta verdad -dijo el zorro-. Pero tú no debes olvidarla. Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa...
- Soy responsable de mi rosa... -repitió el principito, a fin de acordarse.

SÓLO PARA MUJERES COMO TÚ....

Siempre ten presente que la piel se arruga, el pelo se vuelve blanco, los días se convierten en años...

Pero lo importante no cambia; tu fuerza y tu convicción no tienen edad.

Tu espíritu es el plumero de cualquier tela de araña.

Detrás de cada línea de llegada, hay una de partida.

Detrás de cada logro, hay otro desafío.

Mientras estés viva, siéntete viva.

Si extrañas lo que hacías, vuelve a hacerlo.

No vivas de fotos amarillas...

Sigue aunque todos esperen que abandones.

No dejes que se oxide el hierro que hay en ti.

Haz que en vez de lástima, te tengan respeto.

Cuando por los años no puedas correr, trota.

Cuando no puedas trotar, camina.

Cuando no puedas caminar, usa el bastón.

Pero nunca te detengas!!!

Madre Teresa de Calcuta